

Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios. Diréisme, pues, si esto entiende, ¿qué desea u qué le da pena? ¿Qué mayor bien quiere? No lo sé; sé que parece le llega a las entrañas esta pena, y que, cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor siente. Estaba pensando ahora si sería que en este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y como no era an bastante para quemarla y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y a él tocar hace aquella operación; y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir; porque este dolor sabroso, y no es dolor, no está en un ser; aunque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana; mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna; en fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va a encender muérese la centella y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.

Aquí no hay pensar si es cosa movida del mismo natural, ni causada de melencolía, ni tampoco engaño del demonio; ni si es anjojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de a donde está el Señor, que es inmutable; y las operaciones no son como de otras devociones, que el mucho embebecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada ni poder acrecentar aquella pena deleitosa ni quitarla, a mi parecer. A quien Nuestro Señor hiciere esta merced, que si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá, déle muy mu-

chas gracias, que no tiene que temer si es engaño; tema mucho si ha de ser ingrato a tan gran merced, y procure esforzarse a servir y a mejorar en todo su vida, y verá en lo que para y cómo recibe más y más. Aunque a una persona que ésta tuvo pasó algunos años con ello, y con aquella merced estaba bien satisfecha, que si multitud de años sirviera a el Señor con grandes trabajos, quedaba con ella muy bien pagada. Sea bendito por siempre jamás. Amén.

Podrá ser que reparéis en cómo más en esto que en otras cosas hay seguridad. A mi parecer, por estas razones: la primera, porque jamás el demonio debe dar pena sabrosa como ésta; podrá él dar el sabor y deleite que parezca espiritual: mas juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad, que todos sus poderes están por las adefueras (1), y sus penas, cuando él las da, no son, a mi parecer, jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma, que es lo más ordinario determinarse a padecer por Dios y desear tener muchos trabajos, y quedar muy más determinada a apartarse de los contentos y conversaciones de la tierra, y otras cosas semejantes.

El no ser antojo está muy claro: porque aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello; y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede antojar, digo, parecer que es no siendo, ni dudar de que es, y si alguna quedare, sepan que no son éstos verdaderos ímpetus; digo, si dudare en si le tuvo u si no; porque así se da a sentir, como a los oídos una gran voz. Pues ser melanco-

(1) Quiere decir *afueras*.

lía no lleva camino ninguno, porque la melencolía no hace y fabrica sus antojos sino en la imaginación; estotro procede de lo interior del alma. Ya puede ser que yo me engañe, mas hasta oír otras razones a quien lo entienda, siempre estaré en esta opinión; y así sé de una persona harto llena de temor de estos engaños, que de esta oración jamás le pudo temer.

También suele Nuestro Señor tener otras maneras de despertar el alma, que a deshora, estando rezando vocalmente, y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande que se comunicase por todos los sentidos (no digo que es olor, sino pongo esta comparación) u cosa de esta manera, sólo para dar a sentir que está allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma de Él, y con esto queda dispuesta para hacer grandes altos y alabanzas a Nuestro Señor. Su nacimiento de esta merced es de donde lo que queda dicho, más aquí no hay cosa que dé pena, ni los deseos mismos de gozar a Dios son penosos; esto es más ordinario sentirlo el alma. Tampoco me parece que hay aquí que temer por algunas razones de las dichas, sino procurar admitir esta merced con hacimiento de gracias.

CAPÍTULO III

Trata de la mesma materia y ^{al} dice de la manera que habla Dios a: alma cuando es servido, y avisa cómo se han de haber en esto y no seguirse por su parecer. Pone algunas señales para que se conozca cuándo no es engaño y cuándo lo es. Es de harto provecho.

Otra manera tiene Dios de despertar a el alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser más peligrosa, y por eso me deterné algo en ella, que son una hablas con el alma, de muchas maneras; unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior della, otras tan en lo exterior, que se oyen con los oídos, porque parece es voz formada. Algunas veces, y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación u melencólicas, digo de melancolía notable.

De estas dos maneras de personas no hay que hacer caso, a mi parecer, aunque digan que ven y oyen y entienden, ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oírlas como a personas enfermas, diciendo a la priora u confesor a quien lo dijere, que no haga caso de ello, que no es la sustancia para servir a Dios, y que a muchos ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá así a ella, por no la afligir más que tray con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo ve y lo oye, porque le parece así.

Verdad es que es menester traer cuenta con quitarle la oración, y lo más que se pudiere, que no haga caso dello; porque suele el demonio aprovecharse de estas almas así enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otros; y a enfermas y sanas

siempre de estas cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo que siempre es lo mejor a los principios deshacersele; porque si es de Dios, es más ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es así, mas no sea apretando mucho el alma y inquietándola; porque verdaderamente ella no puede más.

Pues tornando a lo que decía de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho pueden ser de Dios, y también del demonio y de la propia imaginación. Diré, si acertare, con el favor del Señor, las señales que hay en estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oración, y querría, hermanas, que no penséis hacéis mal en no las dar crédito, ni tampoco en dársele, cuando son solamente para vosotras mismas de regalo u aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, u sea antojo, que poco va en ello.

De una cosa os aviso, que no penséis, aunque sea de Dios, seréis por eso mejores, que harto habló a los fariseos, y todo el bien está cómo se aprovechan de estas palabras; y ninguna que no vaya muy conforme a la Escritura hagáis más caso de ellas, que si las oyédes al mismo demonio; porque aunque sean de vuestra flaca imaginación, es menester tomarse como una tentación de cosas de la fe, y así resistir siempre, para que se vayan quitando; y si quitarán, porque llevan poca fuerza consigo.

Pues tornando a lo primero, que venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser de Dios. Las más ciertas señales que se pueden tener, a mi parecer, son éstas. La primera y más verdadera es el poderío y señorío que traín consigo, que es hablando y obrando. Declárome más. Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior que queda dicho, y escuridad del entendimiento y sequedad: con una pala-

bra de éstas, que diga solamente—“no tengas pena”, queda sosegada, y sin ninguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le pareció que todo el mundo y letrados que se juntaran a darle razones para que no la tuviese, no la pudieran, con cuanto trabajaran, quitar de aquella aflicción. Está afligida por haberle dicho su confesor, y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor; y con una palabra que se le diga sólo: —“Yo soy, no hayas miedo”, sé lo quita del todo, y queda consoladísima, y pareciéndole que ninguno bastará a hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no saben cómo han de suceder; entiende, que se sosiegue, que todo sucederá bien; queda con certidumbre, y sin pena; y desta manera otras muchas cosas (1).

La segunda razón, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios. ¡Oh, Señor! si una palabra enviada a decir con un paje vuestro, que a lo que dicen, al menos éstas, en esta Morada, no las dice el mismo Señor, sino algún ángel, tienen tanta fuerza, ¿qué tal la dejaréis en el alma que está atada por amor con Vos, y Vos con ella?

La tercera señal es, no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos, digo, que oímos de los hombres, que aunque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco si son en cosas por venir, las creemos como a éstas, que queda una certidumbre grandísima, de manera que, aunque algunas veces en cosas muy imposibles, a el parecer, no deja de venirle duda si será u no será, y andan con algunas vacilaciones el entendimiento, en la misma

(1). Esta doctrina mística corresponde con la que desenvuelve en el capítulo XXV del Libro de la *Vida*.

alma está una seguridad, que no se puede rendir; aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar que Dios buscará otros medios que los hombres no entienden, mas que, en fin, se ha de hacer, y así es que se hace. Aunque, como digo, no se deja de padecer cuando ve muchos desvíos, porque como ha tiempo que lo entendió, y las operaciones y certidumbre, que al presente quedan ser Dios, es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fué demonio, si fué de la imaginación; ninguna de éstas le queda al presente, sino que moriría por aquella verdad. Mas, como digo, con todas estas imaginaciones, que debe poner el demonio para dar pena, y acobardar el alma, en especial, si es en negocio que en el hacerse lo que se entendió ha de haber muchos bienes de almas, y es obras para gran honra y servicio de Dios, y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al menos enflaquece la fe, que es harto daño no creer que Dios es poderoso, para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos.

Con todos estos combates, aunque haya quien diga a la misma persona que son disbarates, digo los confesores con quien se tratan estas cosas, y con cuantos malos sucesos hubiere para dar a entender que no se pueden cumplir, queda una centella no sé donde, tan viva, de que será, aunque todas las demás esperanzas estén muertas, que no podría, aunque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de seguridad. Y en fin, como he dicho, se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría sino alabar siempre a Su Majestad, y mucho más, por ver cumplido lo que se le había dicho, que por la misma obra, aunque le vaya muy mucho en ella.

No sé en qué va esto, que tiene en tanto el alma, que salgan estas palabras verdaderas, que si a la misma persona la tomasen en algunas mentiras, no

creo sentiría tanto; como si ella en esto pudiese más, que no dice sino lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás, profeta, sobre esto, cuando temía no había de perderse Nínive (1). En fin, como es espíritu de Dios, es razón se le tenga esta fidelidad, en desear no le tengan por falso, pues es la suma verdad. Y así es grande la alegría, cuando después de mil rodeos, y en cosas dificultosísimas lo ve cumplido; aunque a la misma persona se le hayan de seguir grandes trabajos de ello, los quiere más pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto le dijo el Señor. Quizá no todas personas ternán esta flaqueza, si lo es, que no lo puedo condenar por malo.

Si son de la imaginación, ninguna de estas señales hay, ni certidumbre ni paz y gusto interior, salvo que podría acaecer, y an yo sé de algunas personas a quien ha acaecido, estando muy embebidas en oración de quietud y sueño espiritual, que algunas son tan flacas de complexión u imaginación, u no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí, que no se sienten en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme, y an quizá es así, que están adormizadas, como manera de sueño les parece que las hablan, y an que ven cosas, y piensan que es de Dios, y deja los efectos, en fin, como de sueño. Y también podría ser, pidiendo una cosa a Nuestro Señor, afetosamente, parecerles que le dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas a quien tuviere mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, a mi parecer, de la imaginación.

Del demonio hay más que temer, mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asegurar

(1) Alude a la Profecía de Jonás a los ninivitas, sobre la destrucción de su ciudad a los cuarenta días.

ser de Dios, aunque no de manera, que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí u de negocios de terceras personas, jamás haga nada ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado y avisado y siervo de Dios, aunque más y más entienda y le parezca claro ser de Dios. Porque esto quiere Su Majestad, y no es dejar de hacer lo que Él manda, pues nos tiene dicho tengamos a el confesor en su lugar, a donde no se puede dudar ser palabras suyas; y éstas ayudan a dar ánimo, si es negocio dificultoso, y Nuestro Señor le porná al confesor, y le hará crea es espíritu suyo, cuando Él lo quisiere, y si no, no están más obligados. Y hacer otra cosa sino lo dicho, y seguirse naide por su parecer en esto, téngolo por cosa muy peligrosa; y ansí, hermanas, os amonesto de parte de Nuestro Señor, que jamás os acaezca.

Otra manera hay, como habla el Señor a el alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna visión inteletual, que adelante diré cómo es. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oír aquellas palabras con los oídos del alma a el mesmo Señor, y tan en secreto, que la mesma manera de entenderlas, con las operaciones que hace la mesma visión, asegura y da certidumbre no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efectos para creer esto, al menos hay siguridad de que no procede de la imaginación, y también si hay advertencia la puede siempre tener de esto, por estas razones. La primera porque debe ser diferente en la claridad de la habla, que lo es tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda, y si se dijo por un estilo u por otro, aunque sea todo una sentencia; y en lo que se antoja por la imaginación, será no habla tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada.

La segunda, porque acá no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es a deshora,

y an algunas estando en conversación, aunque hartas se responde a lo que pasa de presto por el pensamiento u a lo que antes se ha pensado; mas muchas es en cosa que jamás tuvo acuerdo de que habían de ser ni serían, y así no las podía haber fabricado la imaginación, para que el alma se engañase en antojársele lo que no había deseado ni querido, ni venido a su noticia.

La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginación es como quien va componiendo lo que él mesmo quiere que le digan poco a poco.

La cuarta, porque las palabras son muy diferentes, y con una se comprende mucho, lo que nuestro entendimiento no podría comprender tan de presto.

La quinta, porque junto con las palabras muchas veces, por un modo que yo no sabré decir, se da a entender mucho más de lo que ellas suenan sin palabras. En este modo de entender, hablaré en otra parte más, que es cosa muy delicada y para alabar a Nuestro Señor; porque en esta manera y diferencias, ha habido personas muy dudosas, en especial alguna por quien ha pasado, y así habrá otras que no acababan de entenderse; y así sé que lo ha mirado con mucha advertencia, porque han sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced, y la mayor duda que tenía era en esto, si se le antojaba, a los principios, que el ser demonio más presto se puede entender; aunque son tantas sus sotilezas, que sabe bien contrahacer el espíritu de luz; mas será, a mi parecer, en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco quede duda si se entendieron como en el espíritu de verdad; mas no podrá contrahacer los efectos que quedan dichos: ni dejar esa paz en el alma, ni luz, antes inquietud y alboroto; mas puede hacer poco daño, u ninguno, si el alma es humilde, y hace lo que he dicho, de no se mover a hacer nada por cosa que entienda.

Si son favores y regalos del Señor, mire con atención si por ellos se tiene por mejor, y si mientras mayor palabra de regalo, no quedare más confundida, crea que no es espíritu de Dios; porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientras mayor merced le hace, muy más en menos se tiene la misma alma, y más acuerdo tray de sus pecados, y más olvidada de su ganancia, y más empleada su voluntad y memoria en querer sólo la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con más temor anda de torcer en ninguna cosa su voluntad, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno. Como hagan estos efectos todas las cosas y mercedes que tuviere en la oración, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará a el demonio que la engañe, aunque siempre es bien se ande con temor.

Podrá ser que a las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrían estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, distraerse de manera que no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. A éstos respondo, que es imposible: no hablo de las que se les antoja, que con no estar tanto apeteciendo alguna cosa ni queriendo hacer caso de las imaginaciones, tienen remedio. Acá ninguno, porque de tal manera el mesmo espíritu que habla, hace parar todos los otros pensamientos y advertir a lo que se dice, que en alguna manera me parece, y creo es así, que sería más posible no entender a una persona que hablase muy a voces a otra que oyese muy bien, porque podría no advertir, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa, mas en lo que tratamos no se puede hacer: no hay oídos que se atapar, ni poder para pensar, sino en lo que se le dice, en ninguna manera; porque el que pudo hacer parar el sol, por petición de Josué creo era, pue-

de hacer parar las potencias y todo el interior, de manera, que ve bien el alma, que otro mayor Señor gobierna aquel Castillo que ella, y hácela harta devoción y humildad; así en escusarlo no hay remedio ninguno. Dénsle la divina Majestad, para que sólo pongamos los ojos en contentarle y nos olvidemos de nosotros mismos, como he dicho. Amén. Plega Él, que haya acertado a dar a entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algún aviso para quien lo tuviere.

CAPÍTULO IV

Trata de cuando suspende Dios el alma en la oración con arrobamiento o éxtasis, rato que todo es uno a mi parecer, y cómo es menester gran ánimo para recibir grandes mercedes de Su Majestad.

Con estas cosas dichas de trabajos y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más desear gozar a el Esposo; y Su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por Esposo.

Reiros heis de que digo esto, y pareceros ha desatino; porque cualquiera de vosotras os parecerá que no es menester, y que no habrá ninguna mujer tan baja, que no le tenga para desposarse con el Rey. Así lo creo yo con el de la tierra, mas con el del cielo, yo os digo que es menester más de lo que pensáis; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto, que si no lo diese Dios, con cuanto veis, u que nos está bien, sería imposible. Y así veréis lo que

hace Su Majestad para concluir este desposorio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca desta gran Majestad, no era posible, por ventura, quedar con vida. Entiéndese arrobamientos que lo sean, y no flaquezas de mujeres, como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éstasi. Y como creo dejo dicho, hay complexiones tan flacas, que con una oración de quietud se mueren.

Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido, como he tratado con tantas personas espirituales, que hay de arrobamientos, aunque no sé si acertaré, como en otra parte que lo escribí (1), esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas razones, ha parecido no va a nada tomarlo a decir, aunque no sea sino porque vayan las Moradas por junto aquí.

Una manera hay, que estando el alma, aunque no sea en oración, tocada con alguna palabra, que se acordó u oye de Dios, parece que Su Majestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave Fénix, queda renovada, y piadosamente, se puede creer, perdonadas sus culpas. Hase de entender con la dispusición y medios que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña. Y así limpia, la junta consigo, sin entender an aquí naide sino ellos dos, ni an la mesma alma entiende de manera que lo puede después decir, aunque no está sin sentido interior; porque no es como a quien toma un desmayo u parajismo (2), que ninguna cosa interior ni exterior entiende.

(1) Cap. XX Libro de la *Vida*.

(2) *parajismo*, igual que *parasismo* y *paroxismo*, en el *Dicc. Acad.*

Lo que yo entiendo en este caso, es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de Su Majestad. Parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mismo, ¿cómo se puede entender que entiende ese secreto? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mismo Criador, y otras cosas muchas que pasan en este estado, digo en estas dos Moradas; que ésta, y la postrera se pudiera juntar bien, porque de la una a la otra no hay puerta cerrada: porque hay cosas en la postrera, que no se han manifestado a los que an no han llegado a ella, me pareció dividir las.

Quando estando el alma en esta suspensión, el Señor tiene por bien demostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo después decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria que nunca jamás se olvida; mas cuando son visiones inteleuales tampoco las sabe decir; porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas, que no las convienen entender más los que viven en la tierra para poderlas decir, aunque estando sana en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas destas visiones inteleuales.

Podrá ser que no entendáis algunas qué cosa es visión, en especial las inteleuales. Yo diré a su tiempo, porque me lo ha mandado quien puede; y aunque parezca cosa impertinente, quizá para algunas almas será de provecho. Pues diréisme, si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas que ahí hace el Señor a el alma, ¿qué provecho le train? ¡Oh, hijas! Que es tan grande, que no se puede encarecer, porque aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan. Pues si no tienen imagen ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso; mas entiendo

que quedan unas verdades en esta alma, tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe que le dice quién es, y que está obligada a creerle por Dios, le adorará desde aquel punto por tal, como hizo Jacob cuando vió la escala, que con ella debía de entender otros secretos, que no los supo decir; que por sólo ver una escala que bajaban y subían ángeles, si no hubiera más luz interior, no entendiera tan grandes misterios.

No sé si atino en lo que digo, porque aunque lo he oído, no sé si se me acuerda bien. Ni tampoco Moysen supo decir todo lo que vió en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese; mas si no mostrara Dios a su alma secretos con certidumbre, para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos; mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Ansí que, hermanas, las cosas ocultas de Dios, no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas.

Deseando estoy acertar a poner una comparación, para si pudiese dar a entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre, mas digamos ésta: Entráis en un aposento de un rey u gran señor, u creo camarín los llaman, a donde tienen infinitos géneros de vidrios y barros y muchas cosas, puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron a una pieza de éstas en casa de la duquesa de Alba, a donde viniendo de camino, me mandó la obediencia estar, por haberlos importunado esta señora, que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y vía que se podía ala-

bar al Señor de tantas diferencias de cosas; y ahora me cay en gracia cómo me ha aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había por ver, que luego se me olvidó todo, de manera que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas por junto acuérdase que lo vió. Así acá estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento de cielo Impíreo que debemos tener en lo interior de nuestras almas; porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene alguna de estas Moradas; y aunque cuando está así el alma en éstasi, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos, porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien, algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento; y así queda después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió: mas no puede decir ninguna, ni llega su natural a más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea.

¡Luego ya confieso que fué ver y que es visión imaginaria!—No quiero decir tal, que no es esto de que trato, sino visión inteletual; que como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada; que lo que he dicho hasta aquí en esta oración, entiendo claro que, si va bien, que no soy yo la que lo he dicho. Yo tengo para mí, que si algunas veces no entiende de estos secretos, en los arrobamientos, el alma a quien los ha dado Dios, que no son arrobamientos, sino alguna flaqueza natural, que puede ser a personas de flaca complexión, como somos las mujeres, con alguna fuerza de espíritu sobrepujar al natural, y quedarse así embebidas, como creo dije en la oración de quietud. Aquellos no tienen que ver con arrobamientos; porque el que lo es, cree que roba Dios toda el alma para sí, y que, como a cosa suya propia y ya esposa suya, la va mostrando alguna

partecita del reino que ha ganado, por serlo; que por poca que sea es todo mucho lo que hay en este gran Dios, y no quiere estorbo de naide, ni de potencias, ni sentidos; sino de presto manda cerrar las puertas de estas Moradas todas, y sólo en la que Él está queda abierta para entrarnos. Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no quisieren aprovecharse de ella, y perdieren a este Señor.

¡Oh, hermanas mías! que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer, por un Dios que así se quiere comunicar a un gusano. Y si tenemos esperanza de an en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante, para que un memento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es burlerío (1) todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda a esto, aunque duraran para siempre sus deleites y riquezas y gozos, cuantos se pudieran imaginar! ¡Que es todo asco y basura, comparado a estos tesoros que se han de gozar sin fin! Ni an éstos no son nada en comparaciou de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra.

¡Oh, ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que aunque entre nosotras no parece no es tanta que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que si las dejamos crecer, bastarán hacernos gran daño, sino que por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos de estas faltas, para conocer nuestra miseria, y ellas nos den mayor vista, como la dió el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo; y así, viéndonos tan imperfetas, crezca más el suplicarle

(1) *burlerío*, lo mismo que *burla*, *engaño*; *burlería*, en el *Dicc. Acad.*

saqué bien de nuestras miserias, para en todo contentar a Su Majestad.

Mucho me he divirtido sin entenderlo; perdonadme, hermanas, y creed que llegada a estas grandezas de Dios, digo a hablar en ellas, no puede dejar de lastimarme mucho, ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque, aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como Él nos quiere, a todas las daría; no está deseando otra cosa sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas.

Pues tornando a lo que decía, manda el Esposo cerrar las puertas de las Moradas, y an las del Castillo y cerca; que en quiriendo arrebatarse esta alma, se le quita el huelgo de manera, que aunque duren un poquito más algunas veces los otros sentidos, eu ninguna manera puede hablar, aunque otras veces todo se quita de presto, y se enfrían las manos y el cuerpo de manera que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo. Esto dura poco espacio, digo para estar en un sér, porque quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí, y alienta para tornarse a morir, y dar mayor vida a el alma, y con todo no dura mucho tan gran éstasi.

Mas acaece, aunque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enajenado, y durar ansí día y an días, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad a amar, y ella se está harto despierta para esto y dormida para arrostrar a asirse a ninguna criatura.

¡Oh! Cuando el alma torna ya del todo en sí, ¡qué es la confusión que le da, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tales efetos como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como ésta?

Querria tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia grandísimos; y no hace mucho en hacerla, porque con la fuerza del amor, siente poco cuanto hace, y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor, es fácil; y así se quejan estas almas a Su Majestad cuando no se les ofrece en qué padecer.

Cuando esta merced les hace en secreto, tiénela por muy grande; porque cuando es delante de algunas personas, es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera desembebe el alma de lo que gozó, con la pena y cuidado que le da pensar qué pensarán los que lo han visto. Porque conocen la malicia del mundo, y entienden que no lo echarán por ventura a lo que es, sino que, por lo que habían de alabar al Señor, por ventura les será ocasión para echar juicios. En alguna manera me parece esta pena y corrimiento, falta de humildad; mas ello no es más en su mano; porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué se le da? Como entendió una que estaba en esta aflicción de parte de Nuestro Señor: "No tengas pena, que, u ellos han de alabarme a Mí, u mormurar de tí, y en qualquiera cosa de estas ganas tú"; supe después que esta persona se había mucho animado con estas palabras y consolado; y porque si alguna se viere en esta aflicción (1) os la pongo aquí. Parece que quiere Nuestro Señor que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar naide en ella; en el cuerpo, en la honra, en la hacienda, enhorabuena, que de todo se sacará honra para Su Majestad; mas en el alma, eso no, que si ella, con muy culpable atrevimiento, no se aparta de su Esposo, Él la am-

(1) *aflección*, lo mismo que *aflicción*.

parará de todo el mundo y an de todo el infierno. No sé si queda dado algo a entender de qué cosa es arrobamiento, que todo es imposible, como he dicho, y creo no se ha perdido nada en decirlo, para que se entienda lo que lo es, porque hay efetos muy diferentes en los fingidos arrobamientos; no digo fingidos porque quien los tiene no quiere engañar, sino porque ella lo está; y como las señales y efetos no conforman con tan gran merced, queda infamada, de manera que con razón no se cree después a quien el Señor la hiciere. Sea por siempre bendito y alabado. Amén, amén.

CAPÍTULO V

Prosigue en lo mismo y pone una manera de cuándo levanta Dios el alma con un vuelo del espíritu en diferente manera de lo que queda dicho. Dice alguna causa, porque es menester ánimo. Dec'ara algo desta merced que hace el Señor por sabrosa manera. Es harto provechoso.

Otra manera de arrobamientos hay, u vuelo del espíritu le llamo yo, que aunque todo es uno en la sustancia, en lo interior se siente muy diferente, porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor, en especial a los principios; que por eso os decía que es menester ánimo grande para a quien Dios ha de hacer estas mercedes, y an fe y confianza y resinación grande de que haga Nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensáis que es poca turbación estar una persona muy en su sentido, y verse arrebatat el alma? y an algunos hemōs leído,

que el cuerpo con ella, sin saber a dónde va u quién la lleva u cómo; que al principio de este momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es Dios.

¿Pues hay algún remedio de poder resistir? En ninguna manera; antes es peor; que yo le sé de alguna persona, que parece quiere Dios dar a entender al alma, que pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos y con tan entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y notablemente, con más impetuoso movimiento es arrebatada; y tomaba ya por sí no hacer más que hacer una paja, cuando la levanta el ámbar, si lo habéis mirado, y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, que ve es lo más acertado hacer la necesidad virtud. Y porque dije de la paja, es cierto así, que con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, este nuestro gran gigante y poderoso arrebató el espíritu.

No parece sino que aquel pilar de agua, que dijimos, creo era la cuarta Morada, que no me acuerdo bien, que con suavidad y mansedumbre, digo sin ningún movimiento, se henchía; aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas, y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venía a este pilar del agua; y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube a lo alto esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen estar a donde quieren, muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de ello.

Es cierto, hermanas, que de sólo irlo escribiendo, me voy espantando, de cómo se muestra aquí el gran poder de este gran Rey y Emperador; ¿qué hará

quien pasa por ello? Tengo para mí, que si los que andan muy perdidos por el mundo, se les descubriese Su Majestad, como hace a estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender. Pues ¡oh, cuán obligadas estarán las que han sido avisadas por camino tan subido a procurar con todas sus fuerzas no enojar este Señor! Por Él os suplico, hermanas, a la que hubiere hecho Su Majestad estas mercedes u otras semejantes, que no os descuidéis con no hacer más que recibir; mirá que quien mucho debe, mucho ha de pagar.

Para esto también es menester gran ánimo, que es una cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción; porque mirando lo que Su Majestad hace con ella, y tornándose a mirar a sí, cuán poco sirve para lo que está obligada, y eso poquillo que hace lleno de faltas y quiebras y flojedad, que por no se acordar de cuán imperfectamente hace alguna obra, si la hace, tiene por mejor procurar que se le olvide, y traer delante sus pecados, y meterse en la misericordia de Dios; que pues no tiene con qué pagar, supla la piedad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores.

Quizá le responderá lo que a una persona, que estaba muy afligida delante de un crucifijo en este punto, considerando que nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por Él: díjole el mismo crucificado consolándola, que Él la daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que lo tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquel alma tan consolada y tan rica, según de ella he entendido, que no se le puede olvidar, antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada. Algunas cosas de éstas podría decir aquí, que como he tratado tantas personas santas y de oración, sé muchas; porque no penséis que so yo, me voy a la mano. Esta paré-

ceme de gran provecho, para que entendáis lo que se contenta Nuestro Señor de que nos conozcamos, y procuremos siempre mirar y remirar nuestra pobreza y miseria, y que no tenemos nada, que no lo recibimos. Ansí que, hermanas mías, para esto y otras muchas cosas, que se ofrece a un alma, que ya el Señor la tiene en este punto, es menester ánimo; y a mi parecer, para esto postrero más que para nada, si hay humildad; dénosla el Señor por quien es.

Pues tornando a este apresurado arrebatarse el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo u si no, por algunos instantes. Parécele que toda junta ha estado en otra región muy diferente de en esta que vivimos, a donde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas; digo como si ve algunos santos: los conoce como si los hubiera mucho tratado.

Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión intelectual, se le representan otras, en especial multitud de ángeles, con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma, por un conocimiento admirable que yo no sabré decir, se le representa lo que digo y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga más habilidad que yo, las sabrá quizá dar a entender, aunque me parece bien difícil-

tos. Si esto todo pasa estando en el cuerpo u no, yo no lo sabré decir; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma.

Muchas veces he pensado si como el sol estándose en ei cielo, que sus rayos tienen tanta fuerza, que no mudándose él de allí, de presto llegan acá, si el alma y el espíritu, que son una misma cosa, como lo es el sol y sus rayos, puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de justicia, alguna parte superior salir sobre sí mesma. En fin, yo no sé lo que digo; lo que es verdad es que con la presteza que sale la pelota de un arcabuz, cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo, que yo no sé otro nombre que le poner, que aunque no hace ruido hace movimiento tan claro, que no puede ser antojo en ninguna manera; y muy fuera de sí mesma, a todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna a sentirse en sí, es con tan grandes ganancias, y tiniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solían parecer bien que no le haga dársele nada de ella. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra a donde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron a la tierra de promisión los del pueblo de Israel para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo a donde ha de ir a descansar. Aunque cosa que pasa tan de presto no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor.

Por donde se ve bien no ser cosa del demonio, que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podría representar cosas que tanta operación y paz y sosiego y aprovechamiento dejan en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado: conoci-

miento de la grandeza de Dios, porque mientras más cosas viéremos de ella más se nos da a entender; propio conocimiento y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, la ha osado ofender ni osa mirarle; la tercera tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios.

Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa, y son de tanto valor que no las porná a mal recaudo, que así quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas hasta que las goce para siempre, si no fuere para grandísimo mal suyo; mas el Esposo que se las da es poderoso para darle gracia que no las pierda.

Pues tornando a el ánimo que es menester, ¿pareceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos y no entiende para qué. Menester es que le dé el que da todo lo demás. Diréis que bien pagado va este temor; así lo digo yo. Sea para siempre alabado el que tanto puede dar. Plega a Su Majestad que nos dé para que merezcamos servirle. Amén.

CAPITULO VI

En que dice un efeto de la oración que está dicha en el capítulo pasado y en que se entenderá que es verdadera y no engaño. Trata de otra merced que hace el Señor al alma para emplearla en sus a'abanzas.

Destas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse, y así, con lágrimas

muy ordinarias, pide a Dios la saque de este destierro. Todo la cansa cuanto ve en él; en viéndose a solas tiene un gran alivio, y luego acude esta pena, y en estando sin ella no se hace. En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes, como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea para encender más este fuego, la hace volar; y así en esta Morada son muy continuos los arrobamientos, sin haber remedio de excusarlos, aunque sea en público, y luego las persecuciones y mormuraciones, que aunque ella quiera estar sin temores no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores.

Y aunque en lo interior del alma parece tiene gran siguridad por una parte, en especial cuando está a solas con Dios, por otra anda muy afligida, porque teme si la ha de engañar el demonio de manera que ofenda a quien tanto ama, que de las mormuraciones tiene poca pena, si no es cuando el mismo confesor la aprieta, como si ella pudiese más. No hace sino pedir a todos oraciones y suplicar a Su Majestad la lleve por otro camino, porque le dicen que lo haga, porque éste es muy peligroso; mas como ella ha hallado por él tan gran aprovechamiento que no puede dejar de ver que le lleva, como lee y oye y sabe por los mandamientos de Dios el que va al cielo, no lo acaba de desear, aunque quiere, sino dejarse en sus manos. Y an éste no lo poder desear le da pena, por parecerle que no obedece al confesor, que en obedecer y no ofender a Nuestro Señor le parece que está todo su remedio para no ser engañada; y así no haría un pecado venial de advertencia, porque la hiciesen pedazos, a su parecer; y afligese en gran manera de ver que no se puede excusar de hacer muchos sin entenderse.

Da Dios a estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfección si pudiesen, que por

sólo esto, aunque no fuese por más, querría huir de las gentes, y ha gran envidia a los que viven y han vivido en los desiertos; por otra parte, se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más a Dios, y si es mujer, se aflige del atamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las Caballerías.

¡Oh, pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Habedla lástima, mi Dios; ordenad ya de manera que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria. No os acordéis de lo poco que lo merece y de su bajo natural. Poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordán, y dejen pasar los hijos de Israel; no la hayáis lástima, que con vuestra fortaleza ayudada puede pasar muchos trabajos. Ella está determinada a ello, y los desea padecer; alargá, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan feminil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben a Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas porque un alma os alabe un poquito más a su causa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir.

No sé a qué propósito he dicho esto, hermanas, ni para qué, que no me he entendido. Entendamos que son estos los efectos que quedan de estas suspensiones u éstasi, sin duda ninguna; porque no son deseos que se pasan, sino que están en un ser, y cuando se ofrece algo en qué mostrarlo, se ve que no era fingido.—¿Por qué digo estar en un ser? Algunas veces se siente el alma cobarde, y en las cosas más bajas, y atemorizada y con tan poco ánimo, que no

le parece posible tenerle para cosa. Entiendo yo que la deja el Señor entonces en su natural, para mucho mayor bien suyo; porque ve entonces, que si para algo le ha tenido, ha sido dado de Su Majestad, con una claridad que la deja aniquilada a sí, y con mayor conocimiento de la misericordia de Dios y de su grandeza, que en cosa tan baja la ha querido mostrar; mas lo más ordinario está como antes hemos dicho.

Una cosa advertí, hermanas, en estos grandes deseos de ver a Nuestro Señor: que aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar a ellos, sino divertirlos, si podéis digo, porque en otros, que diré adelante, en ninguna manera se puede, como veréis. En estos primeros, alguna vez sí podrán; porque hay razón entera para conformarse con la voluntad de Dios, y decir lo que decía san Martín, y podráse volver la consideración si mucho aprietan; porque, como es, al parecer, deseo que ya parece de personas muy aprovechadas, ya podría el demonio moverle, porque pensásemos que lo estamos, que siempre es bien andar con temor. Mas tengo para mí, que no podrá poner la quietud y paz que esta pena da en el alma, sino que será moviendo con él alguna pasión, como se tiene cuando por cosas del siglo tenemos alguna pena; mas a quien no tuviese experiencia de uno y de lo otro no le entenderá, y pensando es una gran cosa ayudará cuanto pudiere, y haríale mucho daño a la salud; porque es continua esta pena, u al menos muy ordinaria.

También advertid, que suele causar la complesión flaca cosas de estas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosita lloran; mil veces las hará entender que lloran por Dios, que no sea así. Y an puede acaecer ser (cuando viene multitud de lágrimas, digo, por un tiempo, que a cada palabrita que oya u piense de Dios, no se puede re-

sistir de ellas), haberse allegado algún humor al corazón, que ayuda más que el amor que se tiene a Dios, que no parece han de acabar de llorar; y como va tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van a la mano, ni querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden a ellas. Pretende el demonio aquí que se enflaquezcan, de manera que después, ni puedan tener oración ni guardar su Regla.

Paréceme que os estoy mirando cómo decís, que qué habéis de hacer, si en todo pongo peligro; pues en una cosa tan buena, como las lágrimas, me parece puede haber engaño, que yo soy la engañada; y ya puede ser, mas creé que no hablo sin haber visto que le puede haber en algunas personas, aunque no en mí; porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio que algunas veces me da pena; aunque cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón distila, como hace un alquitara, y bien entenderéis cuando vienen las lágrimas de aquí, que son más confortadoras y pacifican, que no alborotadoras, y pocas veces hacen mal. El bien es en este engaño, cuando lo fuere, que será daño del cuerpo, digo si hay humildad, y no del alma; y cuando no le hay, no será malo tener esta sospecha.

No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes, que són las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. Éstas dejarán esta tierra seca, regada, y son gran ayuda para dar fruto; mientras menos caso hiciéremos de ellas, más, porque es agua que cay del cielo; la que sacamos cansándonos en cavar para sacarla, no tiene que ver con ésta, que muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua, cuanto más pozo manantial. Por eso, hermanas, tengo por mejor, que nos

pongamos delante del Señor, y miremos su misericordia y grandeza y nuestra bajeza, y dénos Él lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad. Él sabe mejor lo que nos conviene; y con esto andaremos descansadas, y el demonio no terná tanto lugar de hacernos trampantojos.

Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da Nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración estraña, que no sabe entender qué es. Porque si os hiciere esta merced, le alabéis mucho y sepáis que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es, a mi parecer, una unión grande de las potencias, sino que las deja Nuestro Señor con libertad para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mismo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan. Parece esto algarabía y, cierto pasa así, que es un gozo tan ecesivo (1) del alma que no querría gozarle a solas, sino decirlo a todos, para que la ayudasen a alabar a Nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡Oh, qué de fiestas haría y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece que se ha hallado a sí, y que, como el padre del hijo pródigo, querría convidar a todos y hacer grandes fiestas, por ver su alma en puesto que no puede dudar que está en seguridad, al menos por entonces. Y tengo para mí, que es con razón; porque tanto gozo interior de lo muy íntimo del alma, y con tanta paz, y que todo su contento provoca a alabanzas de Dios, no es posible darle el demonio.

Es harto, estando con este gran ímpetu de alegría, que calle y pueda disimular, y no poco penoso. Esto debía sentir San Francisco, cuando le toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces, y les dijo que era pregonero del gran Rey; y otros santos, que se van a los desiertos por poder aprego-

(1) *ecesivo*, igual que *excesivo*; piérdese la *s* ante la *c*, como en *picina*, *ecelentísimo*, *ecelente*, *discípulos*, etc.

nar lo que San Francisco: estas alabanzas de su Dios. Yo conocí uno llamado fray Pedro de Alcántara (1), que creo lo es, según fué su vida, que hacía esto mismo, y le tenían (2) por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, qué buena locura, hermanas, si nos la diese Dios a todas! Y qué mercedes os ha hecho de teneros en parte que aunque el Señor os haga ésta y deis muestras de ello, antes será para ayudaros que no para mormuración, como fuéades si estuviéades en el mundo, que se usa tan poco este pregón que no es mucho que le mormuren.

¡Oh, desventurados tiempos y miserable vida en la que ahora vivimos, y dichosas a las que les ha caído tan buena suerte, que estén fuera de él! Algunas veces me es particular gozo cuando, estando juntas, las veo a estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que más puede, más alabanzas da a Nuestro Señor de verse en el monesterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma. Muchas veces querría, hermanas, hiciédes esto, que una que comienza, despierta a las demás.

¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua cuando estéis juntas, que en alabanzas de Dios, pues tenemos tanto por qué se las dar?

Plega a Su Majestad que muchas veces nos dé esta oración, pues es tan segura y gananciosa, que adquirirla no podremos, porque es cosa muy sobrenatural; y acaece durar un día, y anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos, u un melencólico, que del todo no ha perdido el seso, mas no sale de una cosa que se le puso en la imaginación, ni hay quien le

(1) En el original faltan, por causa de rotura de un trocito de papel, algunas letras, que se han suplido.

(2) *tenían* por *tenían*; del lenguaje antiguo, como *acudie*, etcétera.

saque de ella. Harto groseras comparaciones son estas para tan preciosa causa, mas no alcanza otras mi ingenio, porque ello es así: que este gozo la tiene tan olvidada de sí y de todas las cosas, que no advierte ni acierta a hablar, sino en lo que procede de su gozo, que son alabanzas de Dios. Ayudemos a esta alma, hijas mías todas; ¿para qué queremos tener más seso? ¿qué nos puede dar mayor contento? ¡y ayúdennos todos las criaturas, por todos los siglos de los siglos! Amén, amén, amén.

CAPÍTULO VII

Trata de la manera que es la pena que sienten de sus pecados las almas a quien Dios hace las mercedes dichas. Dice cuán gran yerro es no ejercitarse por muy espirituales que sean en traer presente la humanidad de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo y su sacratísima pasión y vida y a su gloriosa Madre y Santos. Es de mucho provecho.

Pareceros ha, hermanas, que a estas almas que el Señor se comunica tan particularmente (en especial podrán pensar esto que diré, las que no hubieren llegado a estas mercedes, porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré), que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no ternán que temer ni que llorar sus pecados; y será muy gran engaño; porque el dolor de los pecados crece más, mientras más se recibe de nuestro Dios: y tengo yo para mí, que hasta que estemos a donde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará.

Verdad es, que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera; porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de

cómo fué tan ingrata a quien tanto debe, y a quien tanto merece ser servido; porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios; espántase cómo fué tan atrevida; llora su poco respeto; parecele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas, que dejaba una tan gran majestad. Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir; parece que las lleva un río caudaloso, y las tray a sus tiempos. Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz.

Yo sé de una persona, que dejado de querer morir por ver a Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinariamente pena de cuán desagradecida había sido a quien tanto debió siempre, y había de deber; y así no le parecía podían llegar maldades de ninguno a las suyas; porque entendía, que no le habría a quien tanto hubiese sufrido Dios y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen, de si han de perder a Dios, a veces atrieta mucho, mas es pocas veces. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable, como se vieron en algún tiempo, que de pena ni gloria suya propia, no tienen cuidado; y si desean no estar mucho en purgatorio es más por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar (1).

Yo no tenía por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vió en miserable estado; porque aunque es cosa penosa, aprovecha para muchas. Quizá como yo he sido tan ruin, me parece esto, y esta es la causa de traerlo siempre en la memoria; las que han

(1) Alude a sí misma la Santa en todo este párrafo.

sido buenas, no ternán que sentir, aunque siempre hay quiebras mientras vivimos en este cuerpo mortal. Para esta pena ningún alivio es pensar que tiene Nuestro Señor ya perdonados los pecados y olvidados, antes añide (1) a la pena ver tanta bondad, y que se hacen mercedes a quien no merecía sino infierno. Yo pienso que fué este un gran martirio en San Pedro y la Madalena; porque como tenían el amor tan crecido, y habían recibido tantas mercedes, y tenían entendida la grandeza y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento.

También os parecerá, que quien goza de cosas tan altas no terná meditación de los misterios de la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. Esta es una cosa que escribí largo en otra parte (2), y aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo, porqué son caminos por donde lleva Nuestro Señor, y que cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la Divinidad y huír de las corpóreas, a mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe, y que digamos todos una cosa; mas vi yo que me quería engañar el demonio por ahí, y ansí estoy ya tan escarmentada, que pienso, aunque lo haya dicho más veces, decíroslo otra vez aquí, porque vais (3) en esto con mucha advertencia, y mirá qué oso decir, que no creáis a quien os dijere otra cosa.

Y procuraré darme más a entender, que hice en otra parte; porque por ventura si alguno lo ha escrito, como él lo dijo, si más se alargara en declararlo, decía bien; y decirlo ansí por junto a las que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal.

(1) *añide* por *añade*.

(2) Cap XXII del Libro de su *Vida*.

(3) *vais*, por *vayáis*.

También les parecerá a algunas almas, que no pueden pensar en la Pasión; pues menos podrán en la sacratísima Virgen, ni en la vida de los santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense y se acompañe de los que tiniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuanto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo; y no puede creer que lo hacen, sino que no se entienden, y así harán daño a sí y a los otros. Al menos yo les aseguro, que no entren a estas dos Moradas postreras; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino; harto será si se están en las demás con seguridad. Porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz (1), y que no puede ninguno ir al Padre sino por Él; y quien me ve a mí ve a mi Padre. Dirán que se da otro sentido a estas palabras. Y no sé es otros sentidos; con este que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien.

Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como Nuestro Señor las llega a dar contemplación perfecta, querriánse siempre estar allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor, de manera, que después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y de la vida de Cristo, como antes. Y no sé qué es la causa, mas es esto muy ordinario, que queda el entendimiento más inhabilitado para la meditación; creo debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar a Dios, como una vez se halla, y queda el alma acos-

(1) Al margen del texto escribió la Santa: *también dice el Señor que es luz.*

tumbrada, por obra de la voluntad, a tornarle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Y también me parece que, como la voluntad esté ya encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de estotra si pudiese; y no hace mal, mas será imposible, en especial hasta que llegue a estas postreras Moradas, y perderá tiempo, porque muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad.

Y notad, hermanas, este punto, que es importante, y así le quiero declarar más. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque aunque la voluntad no esté muerta, está mortecino el fuego que la suele hacer quemar, y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo, que queme este sacrificio que está haciendo de sí a Dios, como hizo nuestro padre Elías? (1). No por cierto, ni es bien esperar milagros (2): el Señor los hace cuando es servido, por esta alma, como queda dicho y se dirá adelante; mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines, que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos. Y tengo para mí, que hasta que muramos, por subida oración que haya, es menester esto.

Verdad es, que a quien mete ya el Señor en la sétima morada, es muy pocas veces, o casi nunca,

(1) Estaba Elías al pie del ara en que se había de celebrar el sacrificio. Pedía a Dios un milagro por el cual se convirtiese el pueblo que se hallaba presente. "De repente bajó fuego del cielo y devoró el holocausto y la leña y las piedras y aun el polvo." Visto lo cual postrarónse todos sobre sus rostros diciendo: "¡El Señor es el Dios! ¡El Señor es el Dios!" *Libro 3º de los Reyes, XVIII, 38-39.*

(2) *milagros*. La forma antigua más conforme con la etimología es *miraglo*; de ésta procede la moderna *milagro*.

las que ha menester hacer esta diligencia, por la razón que en ella diré, si me acordare; mas es continuo no se apartar de andar con Cristo Nuestro Señor por una manera admirable, a donde, divino y humano junto, es siempre su compañía. Ansí que cuando no hay encendido el fuego que queda dicho, en la voluntad, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere Su Majestad, como lo hacía la Esposa en los *Cantares*, y preguntemos a las criaturas quién las hizo, como dice san Agustín, creo en sus *Meditaciones* o *Confesiones* (1), y no nos estemos bobos perdiendo tiempo por esperar lo que una vez se nos dió, que a los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y an en muchos: Su Majestad sabe el por qué; nosotras no hemos de querer saberlo ni hay para qué. Pues sabemos el camino, como hemos de contentar a Dios por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quisiere.

Aquí viene el responder que no pueden detenerse en estas cosas; y por lo que queda dicho, quizá ternán razón en alguna manera. Ya sabéis que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades, es otro. Decís, quizá, que no entendéis, y verdaderamente podrá ser que no lo entienda yo para saberlo decir; mas

(1) El pasaje a que se refiere no consta en las *Confesiones* ni en las *Meditaciones*, sino en los *Soliloquios*, capítulo XXXI. En mi Biblioteca teresiana, sección de libros que manejó Santa Teresa, tengo un ejemplar de "Las meditaciones y soliloquios y manual del biē auēturado sanct Augustin", impreso en Sevilla en las casas de cröberger año de M.d.yxlj (1541) y esta edición, por la fecha, debió ser y fué, para mí la que leyó la Santa, pues en el libro de la *Vida* hace alusión a esa lectura en año anterior a la edición de Medina del Campo de 1553.

dirélo como supiere. Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento de esta manera: Comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida; u comenzamos en la oración del Huerto, y no para el entendimiento hasta que está puesto en la \dagger ; u tomamos un paso de la Pasión, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio, considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, ansí de la traición de Judas, como de la huída de los Apóstoles, y todo lo demás; y es admirable y muy meritoria oración.

Esta es la que digo que ternán razón quien ha llegado a llevarla Dios a cosas sobrenaturales, y a perfeta contemplación; porque, como he dicho, no sé la causa; mas, lo más ordinario, no podrá. Mas no la terná, digo razón, si dice que no se detiene en estos misterios, y los tray presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Ilesia Católica; ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a Nuestro Señor, sino que no se entiende; porque entiende el alma estos misterios por manera más perfeta. Y es que se los representa el entendimiento, y estámpanse en la memoria, de manera que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto, aquello le basta para no sólo un hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena; luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, a desear servir en algo tan gran merced, y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razón no puede pasar a dis-

currir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella.

Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo impedirá la muy subida oración; y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces.

Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que aunque no quiera, la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien, lo que sería si mucho trabajase en el discurrir, que dije al principio, y tengo para mí que no podrá quien ha llegado a más. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios las almas; mas no se condenen los que no pudieren ir por él, ni las juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes como están encerrados en los misterios de nuestro buen Jesucristo; ni naide me hará entender, sea cuán espiritual quisiere, irá bien por aquí.

Hay unos principios y an medios, que tienen algunas almas, que como comienzan a llegar a oración de quietud y a gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando; pues créanme, y no se embeban tanto, como ya he dicho en otra parte, que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo, cómo los pasó, y an a sus Apóstoles y santos, para llevarlos con perfección. Es muy buena compañía el buen Jesús para no nos apartar de ella y su sacratísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. Cuanto más, hijas, que no es tan ordinario el regalo en la oración que no hay tiempo para todo; y la que dijere que es un ser, terníalo yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho; y así lo

tené, y procurá salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas, y si no bastaren, decirlo a la priora, para que os dé un oficio de tanto cuidado, que se quite ese peligro, que al menos para el seso y cabeza es muy grande, si durase mucho tiempo.

Creo queda dado a entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca an hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo a sus discípulos, que convenía que Él se fuese; yo no puedo sufrir esto. Ausadas que no lo dijo a su Madre sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabía que era Dios y hombre; y aunque le amaba más que ellos, era con tanta perfección, que antes la ayudaba. No debían estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe, como después estuvieron y tenemos razón de estar nosotros ahora. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir a hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento.

El engaño que me pareció a mí que llevaba, no llegó a tanto como esto, sino a no gustar de pensar en Nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo; y vi claramente que iba mal; porque como no podía ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma, me parece, como un ave revolando que no haya a donde parar, y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes ni medrando en la oración. Y no entendía la causa, ni la entendiera, a mi parecer, porque me parecía que era aquello muy acertado, hasta que tratando la oración que llevaba, con una persona sierva de Dios, me avisó. Después vi claro cuán errada iba, y nunca me acaba de pesar de que haya habido ningún tiempo que yo careciese de entender, que

se podía malganar (1) con tan gran pérdida; y cuando pudiera, no quiero ningún bien sino adquirido por quien nos vienen todos los bienes. Sea para siempre alabado. Amén.

CAPÍTULO VIII

Trata de cómo se comunica Dios al alma por visión intelectual y da algunos avisos. Dice los efectos que hace cuando es verdadera. Encarga el secreto destas mercedes.

Para que más claro veáis, hermanas, que es así lo que os he dicho, y que mientras más adelante va un alma, más acompañada es de este buen Jesús, será bien que tratemos de cómo cuando Su Majestad quiere, no podemos sino andar siempre con Él; como se ve claro por las maneras y modos con que Su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene, con algunos aparecimientos y visiones tan admirables; que por si alguna merced de éstas os hiciere, no andéis espantadas, quiero decir, si el Señor fuere servido que acierte, en suma, alguna cosa de éstas, para que le alabemos mucho, aunque no nos las haga a nosotras, de que se quicra así comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad y poder.

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí a Jesucristo Nuestro Señor, aunque no le ve ni con los ojos del cuerpo ni del alma. Vi a esta persona que le hizo Dios esta merced, con otras que diré adelante, fatigada en los principios harto; porque no podía entender qué

(1) *malganarse*, igual que *perjudicarse*, perderse moralmente.

cosa era, pues no la vía; y entendía tan cierto ser Jesucristo Nuestro Señor el que se lo mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar, digo, que estaba allí aquella visión; que si era de Dios o no, aunque traía consigo grandes efectos para entender que lo era, todavía andaba con miedo, y ella jamás había oído visión intelectual, ni pensó que la había de tal suerte; mas entendía muy claro que era este Señor el que la hablaba muchas veces, de la manera que queda dicho; porque hasta que le hizo esta merced que digo, nunca sabía quién la hablaba, aunque entendía las palabras.

Sé que estando temerosa de esta visión (porque no es como las imaginarias, que pasan de presto, sino que dura muchos días, y an más que un año alguna vez) se fué a su confesor harto fatigada; él la dijo que si no vía nada, ¿cómo sabía que era Nuestro Señor?: que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo que no sabía, ni vía rostro, ni podía decir más de lo dicho; que lo que sabía era, que era Él el que la hablaba, y que no era antojo. Y aunque le ponían hartos temores todavía, muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: "No hayas miedo, que yo soy." Tenían tanta fuerza estas palabras, que no lo podía dudar por entonces, y quedaba muy esforzada y alegre con tan buena compañía; que vía claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase, porque le parecía la estaba siempre mirando; y cada vez que quería tratar con Su Majestad en oración, y an sin ella, le parecía estar tan cerca, que no la podía dejar de oír; aunque el entender las palabras no era cuando ella quería, sino a deshora, cuando era menester. Sentía que andaba al lado derecho, mas no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotros una persona; porque es por otra vía más delicada, que no se debe de saber decir, mas

es tan cierto, y con tanta certidumbre, y an mucho más; porque acá ya se podría antojar, mas en esto no, que viene con grandes ganancias y efetos interiores, que ni los podría haber, si fuese melencolía, ni tampoco el demonio haría tanto bien, ni andaría el alma con tanta paz, y no con tan continos deseos de contentar a Dios, y con tanto desprecio de todo lo que la llega a Él; y después se entendió claro no ser demonio, porque se iba más y más dando a entender.

Con todo, sé yo que a ratos andaba harto temerosa, otros con grandísima confusión, que no sabía por dónde le había venido tanto bien (1). Eramos tan una cosa ella y yo, que no pasaba cosa por su alma, que yo estuviese inorante de ella, y así puedo ser buen testigo, y me podéis creer ser verdad todo lo que en esto dijere. Es merced del Señor, que tray grandísima confusión consigo y humildad. Cuando fuese del demonio, todo sería al contrario; y como es cosa que notablemente se entiende ser dada de Dios, que no bastaría industria humana para poderse así sentir, en ninguna manera puede pensar quien lo tiene que es bien suyo, sino dado de la mano de Dios. Y anque, a mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, ésta tray consigo un particular conocimiento de Dios, y de esta compañía tan continua nace un amor ternísimo con Su Majestad, y unos deseos an mayores que los que quedan dichos, de entregarse toda a su servicio, y una limpieza de conciencia grande; porque hace advertir a todo la presencia que tray cabe sí. Porque anque ya sabemos, que lo está Dios a todo lo que hacemos, es nuestro natural tal, que se descuida en pensarlo, lo que no se puede descuidar acá, que la despierta el Señor que está cabe ella. Y an para las mercedes que quedan dichas, como anda el

(1) Cap. XXVII del Libro de la *Vida*.

alma casi continuo con un atual amor al que ve u entiende estar cabe sí, son muy ordinarias.

En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar, y agradece al Señor, que se la da tan sin poderle merecer, y por nengún tesoro ni deleite de la tierra la trocaría. Y ansí cuando el Señor es servido que se le quite, queda con mucha soledad, mas todas las diligencias posibles que pusiese, para tornar a tener aquella compañía, aprovechan poco, que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir. Algunas veces también es de algún santo, y es también de gran provecho.

Diréis, que si no se ve, que cómo se entiende que es Cristo, u quando es santo, u su Madre gloriosísima. Eso no sabrá el alma decir, ni puede entender como lo entiende, sino que lo sabe con una grandísima certidumbre. An ya el Señor, cuando habla, más fácil parece, mas el santo que no habla, sino que parece le pone el Señor allí por ayuda de aquel alma y por compañía, es más de maravillar. Ansí son otras cosas, espirituales, que no se saben decir, mas entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural, para entender las grandes grandezas de Dios, pues an éstas no somos capaces, sino que con admiración y alabanzas a Su Majestad, pase quien se las diere; y ansí le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace a todos, hase mucho de estimar, y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras le ayuda Dios a ello. De aquí viene no se tener por eso en más, y parecerle que es la que menos sirve a Dios de cuantos hay en la tierra; porque le parece está más obligada a ello que nenguno, y cualquier falta que hace la atraviesa las entrañas, y con muy grande razón.

Estos efetos con que anda el alma, que quedan dichos, podrá advertir cualquiera de vosotras a quien el Señor llevare por este camino, para enten-

der que no es engaño ni tampoco antojo; porque, como he dicho, no tengo que es posible durar tanto siendo demonio, haciendo tan notable provecho a el alma, y trayéndola con tanta paz interior, que no es de costumbre, ni puede aunque quiere, cosa tan mala, hacer tanto bien; que luego habría unos humos de propia estimación, y pensar era mejor que los otros. Mas este andar siempre el alma tan asida de Dios y ocupado su pensamiento en Él, haríale tanta rabia, que aunque lo intentase, no tornase muchas veces; y es Dios tan fiel, que no permitirá darle tanta mano, con alma que no pretende otra cosa sino agradar a Su Majestad, y poner su vida por su honra y gloria, sino que luego ordenará como sea desengañada.

Mi tema es y será, que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho la dejan estas mercedes de Dios, que Su Majestad la sacará con ganancia, si primite alguna vez se le atreva el demonio, y que él quedará corrido. Por eso, hijas, si alguna fuere por este camino, como he dicho, no andéis asombradas; bien es que hay temor (1), y andemos con más aviso, ni tampoco confiadas; que por ser tan favorecidas, os podéis más descuidar, que esto será señal de no ser de Dios, si no os vierdes con los efetos, que queda dicho. Es bien que a los principios lo comunicuéis debajo de confesión con un muy buen letrado, que son los que nos han de dar la luz, u si hubiere alguna persona muy espiritual; y si no lo es, mejor es muy letrado: si le hubiere, con el uno y con el otro. Y si os dijere que es antojo, no se os dé nada, que el antojo poco mal ni bien puede hacer a vuestra alma; encomendaos a la divina Majestad, que no consienta seáis engañadas. Si os dijeren es demonio, será más trabajo, aunque no dirá si es buen letrado, y hay los efetos

(1) Hoy diríamos: *que haya temor.*

dichos; mas cuando lo diga, yo sé que el mesmo Señor, que anda con vos, os consolará y asegurará, y a él le irá dando luz, para que os la dé.

Si es persona que aunque tiene oración, no la ha llevado el Señor por ese camino, luego se espantará y lo condenará; y por eso os aconsejo que sea muy letrado, y si se hallare, también espiritual; y la priora dé licencia para ello, porque aunque vaya segura el alma por ver su buena vida, estará obligada la priora a que se comuniquen, para que anden con seguridad entramas. Y tratado con estas personas, quiétese, y no ande dando más parte de ello; que algunas veces, sin haber de qué temer, pone el demonio unos temores tan demasiados, que fuerzan a el alma a no se contentar de una vez; en especial si el confesor es de poca experiencia, y le ve medroso, y él mesmo la hace andar comunicando. Viénesse a publicar lo que había de razón estar muy secreto, y a ser esta alma perseguida y atormentada; porque cuando piensa que está secreto, lo ve público, y de aquí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrían suceder para la Orden, según andan estos tiempos. Así que es menester grande aviso en esto, y a las prioras lo encomiendo mucho.

Y que no piense que por tener una hermana cosas semejantes, es mejor que las otras; lleva el Señor a cada una como ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios, si se ayuda; mas a veces lleva Dios por este camino a las más flacas; y así no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a Nuestro Señor, que esa será la más santa; aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio, de lo que acá podemos entender. Sea para siempre alabado. Amén.

CAPÍTULO IX

Trata de cómo se comunica el Señor al alma por visión imaginaria y avisa mucho se guarden de sear ir por este camino. Da para ello razones. Es de mucho provecho.

Ahora vengamos a las visiones imaginarias, que dicen que son a donde puede meterse el demonio, más que en las dichas; y así debe de ser, mas cuando son de Nuestro Señor, en alguna manera me parecen más provechosas, porque son más conformes a nuestro natural; salvo de las que el Señor da entender en la postrera Morada, que a éstas no llegan ningunas.

Pues miremos ahora, como os he dicho en el capítulo pasado (1) que está este Señor; que es como si en una pieza de oro tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes: sabemos certísimo que está allí, aunque nunca la hemos visto; mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras. Aunque nunca la hemos visto, no por eso la dejamos de apreciar; porque por experiencia hemos visto que nos ha sanado de algunas enfermedades, para que es apropiada, mas no la osamos mirar, ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle, sola la sabe cuya es la joya, y aunque nos la prestó para que nos aprovechásemos de ella, Él se quedó con la llave, y como cosa suya; y abrirá cuando nos la quisiere mostrar, y an la tomará cuando le parezca, como lo hace.

Pues digamos ahora, que quiere alguna vez abrir-

(1) Entre renglones, de mano de lá Santa: *en el capítulo pasado.*

la de presto, por hacer bien a quien la ha prestado; claro está que le será después muy mayor contento, cuando se acuerde del admirable resplandor de la piedra, y así quedará más esculpida en su memoria. Pues así acaece acá, cuando Nuestro Señor es servido de regalar más a esta alma, muéstrale claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere, u como andaba en el mundo, o después de resucitado; y aunque es con tanta presteza, que lo podríamos comparar a la de un relámpago, queda tan esculpida en la imaginación esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella, hasta que la vea a donde para sin fin la pueda gozar.

Aunque digo imagen, entiéndese que no es pintada al parecer de quien la ve, sino verdaderamente viva, y algunas veces está hablando con el alma, y an mostrándole grandes secretos. Mas habéis de entender, que aunque en esto se detenga algún espacio, no se puede estar mirando más que estar mirando al sol, y así esta vista siempre pasa muy de presto; y no porque su resplandor da pena, como el del sol, a la vista interior, que es la que ve todo esto; que cuando es con la vista exterior, no sabré decir de ello ninguna cosa, porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello; y de lo que no hay experiencia, mal se puede dar razón cierta, porque su resplandor es como una luz infusa, y de un sol cubierto de una cosa tan delgada, como un diamante si se pudiera labrar. Como una holandá parece la vestidura, y casi todas las veces que Dios hace esta merced a el alma, se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista.

Digo espantosa, porque con ser la más hermosa y de mayor deleite que podría una persona imaginar, aunque viviese mil años y trabajase en pensarlo, porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra

imaginación ni entendimiento, es su presencia de tan grandísima majestad, que hace gran espanto a el alma. Ausadas que no es menester aquí preguntar, cómo sabe quién es sin que se lo hayan dicho, que se da bien a conocer que es Señor del cielo y de la tierra, lo que no harán los reyes de ella, que por sí mismos bien en poco se ternán, si no va junto con él su acompañamiento, u lo dicen.

¡Oh, Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¿Qué será aquel día, cuando nos vengáis a juzgar? Pues viniendo aquí tan de amistad a tratar con vuestra esposa, pone miraros tanto temor, ¡oh, hijas, qué será cuando con tan rigurosa voz dijere: "Id, malditos de mi Padre"!

Quédenos ahora esto en la memoria de esta merced que hace Dios a el alma, que no nos será poco bien, pues san Jerónimo, con ser santo, no la apartaba de la suya, y así no se nos hará nada cuando aquí padeciéremos en el rigor de la religión que guardamos; pues cuando mucho durare, es un memento comparado con aquella eternidad. Yo os digo de verdad, que, con cuan ruin soy, nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuesen nada, en comparación de cuando me acordaba que habían los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos y mansos beninos del Señor, que no parece lo podía sufrir mi corazón; esto ha sido toda mi vida; ¡cuánto más lo temerá la persona a quien así se le ha representado, pues es tanto el sentimiento, que la deja sin sentir! Esta debe de ser la causa de quedar con suspensión: que ayuda el Señor a su flaqueza con que se junte con su grandeza en esta tan subida comunicación con Dios.

Cuando pudiere el alma estar con mucho espacio mirando este Señor, yo no creo que será visión, sino alguna vehemente consideración, fabricada en la imaginación alguna figura; será como cosa muerta en estotra comparación.

Acaece a algunas personas, y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres u cuatro, sino muchas, ser de tan flaca imaginación, u el entendimiento tan eficaz, o no sé qué es, que se embebea de manera en la imaginación, que todo lo que piensan, claramente les parece que lo ven, aunque si hubiesen visto la verdadera visión, entenderían, muy sin quedarles duda, el engaño; porque van ellas mismas compuniendo lo que ven con su imaginación, y no hace después ningún efeto, sino que se quedan frías, mucho más que si viesen una imagen devota. Es cosa muy entendida no ser para hacer caso de ello, y así, se olvida mucho más que cosa soñada.

En lo que tratamos no es así, sino que estando el alma muy lejos de que ha de ver cosa, ni pasarle por pensamiento, de presto se le representa muy por junto, y revuelve todas las potencias y sentidos con un gran temor y alboroto, para ponerlas luego en aquella dichosa paz. Así como cuando fué derrocado San Pablo, vino aquella tempestad y alboroto en el cielo, así acá en este mundo interior se hace gran movimiento; y en un punto, como he dicho, queda todo sosegado, y está el alma tan enseñada de unas tan grandes verdades, que no ha menester otro maestro; que la verdadera sabiduría sin trabajo suyo, la ha quitado la torpeza: y dura con una certidumbre el alma de que esta merced es de Dios, algún espacio de tiempo, que aunque más le dijesen lo contrario, entonces no la podrían poner temor de que puede haber engaño. Después, puniéndosele el confesor, la deja Dios para que ande vacilando en que por sus pecados sería posible; mas no creyendo, sino como he dicho en estotras cosas, a manera de tentaciones en cosas de la fe, que puede el demonio alborotar, mas no dejar el alma de estar firme en ella; antes, mientras más la combate más queda con certidumbre de que el demonio no lo po-

dría dejar con tantos bienes (como ello es ansí, que no puede tanto en lo interior del alma): podrá èr representarlo, mas no con esta verdad y majestad y operaciones.

Como los confesores no pueden ver esto, ni por ventura a quien Dios hace esta merced sabérselo decir temen, y con mucha razón; y ansí es menester ir con aviso hasta guardar tiempo del fruto que hacen estas apariciones, y ir poco a poco mirando la humildad con que dejan al alma y la fortaleza en la virtud; que si es de demonio presto dará señal y le cogerán en mil mentiras. Si el confesor tiene experiencia y ha pasado por estas cosas, poco tiempo ha menester para entenderlo, que luego en la relación verá si es Dios u imaginación u demonio; en especial si le ha dado Su Majestad donde conocer espíritus, que si éste tiene y letras, aunque no tenga experiencia, lo conocerá muy bien.

Lo que es mucho menester, hermanas, es que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor; no digo el decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración; porque si no hay esto, no asiguro que vais bien ni que es Dios el que os enseña; que es muy amigo que a el que está en su lugar se trate con la verdad y claridad que consigo mesmo, deseando entienda todos sus pensamientos, cuanto más las obras, por pequeñas que sean; y con esto no andéis turbadas ni inquietas, que aunque no fuese Dios, si tenéis humildad y buena conciencia, no os dañará, que sabe Su Majestad sacar de los males bienes, y que por el camino que el demonio os quería hacer perder ganaréis más; pensando que os hace tan grandes mercedes, os esforzaréis a contentarle mejor, y andar siempre ocupada en la memoria su figura; que como decía un gran letrado, que el demonio es gran pintor, y se le mostrase muy al vivo una imagen del Señor, que no le pesaría, para con ella avivar la devoción y hacer a el demonio gue-

rra con sus mismas maldades; que aunque un pintor sea muy malo, no por eso se ha de dejar de reverenciar la imagen que hace, si es de todo nuestro Bien.

Parecíale muy mal lo que algunos aconsejan, que den higas cuando así viesen alguna visión, porque decía que a donde quiera que veamos pintado a nuestro Rey le hemos de reverenciar (1) y veo que tiene razón, porque an acá se sentiría; si supiese una persona que quiere bien a otra que hacía semejantes vituperios a su retrato, no gustaría de ello; ¿pues cuánto más es razón que siempre se tenga respeto a donde viéremos un crucifijo u cualquier retrato de nuestro Emperador? Aunque he escrito en otra parte esto, me holgué de ponerlo aquí, porque vi que una persona anduvo afligida, que la mandaban tomar este remedio; no sé quién le inventó tan para atormentar a quien no pudiere hacer menos de obedecer, si el confesor le da este consejo, pareciéndole va perdida si no lo hace. El mío es, que aunque os le dé, le digáis esta razón con humildad y no le toméis. En extremo me cuadró mucho las buenas que me dió quien me lo dijo en este caso.

Una gran ganancia saca el alma de esta merced del Señor, que es cuando piensa en Él o en su vida o Pasión, acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo, como acá nos le daría mayor haber visto a una persona que nos hace mucho bien, que si nunca la hubiésemos conocido. Yo os digo que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria. Otros bienes tray consigo hartos; mas como queda dicho tanto de los efetos que hacen estas cosas, y se ha de decir más, no me quiero cansar ni cansaros, sino avisaros mucho, que cuando sabéis u oís que Dios hace estas mercedes a

(1) Dieron a la Santa este consejo los PP. Báñez y Gracián

las almas, jamás le supliquéis ni deseéis que os lleve por este camino; aunque os parezca muy bueno, y se ha de tener en mucho y reverenciar, no conviene por algunas razones.

La I, porque es falta de humildad querer vos se os dé lo que nunca habéis merecido, y así creo que no terná mucha quien lo deseare; porque así como un bajo labrador está lejos de desear ser rey, pareciéndole imposible, porque no lo merece, así lo está el humilde de cosas semejantes; y creo yo que nunca se darán, porque primero da el Señor un gran conocimiento propio, que hace estas mercedes; pues ¿cómo entenderá con verdad, que se la hace muy grande en no tenerla en el infierno, quien tiene tales pensamientos? La II, porque está muy cierto ser engañado u muy a peligro, porque no ha menester el demonio más de ver una puerta pequeña abierta para haceros mil trampantojos. La III, la misma imaginación, cuando hay un gran deseo, y la misma persona se hace entender que ve aquello que desea, y lo oye como los que andan con gana de una cosa entre día y mucho pensando en ella, que acaece venirla a soñar. La IV es muy gran atrevimiento que quiera yo escoger camino, no sabiendo el que me conviene más, sino dejar al Señor que me conoce que me lleve por el que conviene para que en todo haga su voluntad. La V, ¿pensáis que son pocos los trabajos que padecen los que el Señor hace estas mercedes? No, sino grandísimos y de muchas maneras. ¿Qué sabís vos si seríades para sufrirlos? La VI, si por lo mesmo que pensáis ganar, perderéis, como hizo Saúl por ser rey. En fin, hermanas, sin éstas hay otras; y créeme, que es lo más seguro no querer sino lo que quiere Dios, que nos conoce más que nosotros mismos, y nos ama. Pongámonos en sus manos para que sea hecha su voluntad en nosotras, y no podremos errar si con determinada voluntad nos estamos siempre en esto.

Y habéis de advertir que por recibir muchas mercedes de éstas no se merece más gloria, porque antes quedan más obligadas a servir, pues es recibir más. En lo que es más merecer no no los quita el Señor, pues está en nuestra mano; y así hay muchas personas santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes, y otras que las reciben que no lo son. Y no penséis que es continuo, antes, por una vez que las hace el Señor, son muy muchos los trabajos; y así el alma no se acuerda si las ha de recibir más, sino cómo las servir.

Verdad es que debe ser grandísima ayuda para tener las virtudes en más subida perfección; mas el que las tuviere con haberlas ganado a costa de su trabajo, mucho más merecerá. Yo sé de una persona a quien el Señor había hecho algunas de estas mercedes, y an de dos, la una era hombre, que estaban tan deseosas de servir a Su Majestad, a su costa, sin estos grandes regalos, y tan ansiosas por padecer, que se quejaban a Nuestro Señor, porque se los daba, y si pudieran no recibirlos, lo excusaran. Digo regalos, no de estas visiones, que en fin ven la gran ganancia, y son mucho de estimar, sino los que da el Señor en la contemplación.

Verdad es que también son estos deseos sobrenaturales, a mi parecer, y de almas muy enamoradas, que querrían viese el Señor que no le sirven por sueldo; y así, como he dicho, jamás se les acuerda que han de recibir gloria por cosa, para esforzarse más por eso a servir, sino de contentar a el amor, que es su natural obrar siempre de mil maneras. Si pudiese, querría buscar invenciones para consumirse el alma en Él, y si fuese menester quedar para siempre aniquilada para la mayor honra de Dios, lo haría de muy buena gana. Sea alabado para siempre, amén; que abajándose a comunicar con tan miserables criaturas, quiere mostrar su grandeza.

CAPÍTULO X

Dice de otras mercedes que hace Dios al alma por diferente manera que las dichas y del gran provecho que queda dellas.

De muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones; algunas cuando está afligida, otras cuando le ha de venir algún trabajo grande, otras por regalarse Su Majestad con ella, y regalarla. No hay para qué particularizar más cada cosa; pues el intento no es, sino dar a entender cada una de las diferencias que hay en este camino, hasta donde yo entendiere, para que entendáis, hermanas, de la manera que son, y los efectos que dejan; porque no se nos antojé que cada imaginación es visión, y porque cuando lo sea, entendiendo que es posible, no andéis alborotadas ni afligidas; que gana mucho el demonio, y gusta en gran manera en ver afligida y inquieta un alma, porque ve que le es estorbo para emplearse toda en amar y alabar a Dios. Por otras maneras se comunica Su Majestad harto más subidas, y menos peligrosas; porque el demonio creo no las podrá contrahacer, y así se pueden mal decir, por ser cosa muy oculta, que las imaginarias puédense más dar a entender.

Acaece cuando el Señor es servido estando el alma en oración, y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, a donde le da el Señor a entender grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios; que estas no son visiones de la sacratísima Humanidad, ni aunque digo que ve, no ve nada; porque no es visión imaginaria, sino muy intelectual, a donde se le descubre, como en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mismo;

y es de gran provecho, porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpido, y hace grandísima confusión; y vese más claro la maldad de cuando ofendemos a Dios, porque en el mismo Dios, digo, estando dentro en Él, hacemos grandes maldades. Quiero poner una comparación, si acertare, para dároslo a entender, que aunque esto es así y lo oímos muchas veces, u no reparamos en ello, u no lo queremos entender; porque no parece sería posible, si se entendiese como es, ser tan atrevidos.

Hagamos ahora cuenta que es Dios, como una Morada u palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. Por ventura ¿puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse deste palacio? No por cierto; sino que dentro, en el mismo palacio, que es el mismo Dios, pasan las abominaciones y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. ¡Oh, cosa temerosa y digna de gran consideración, y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego; y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga ni se diga contra nosotras, que es la mayor maldad del mundo ver que sufre Dios nuestro Criador tantas a sus criaturas dentro en sí mismo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra, que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intención.

¡Oh, miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitaremos en algo este gran Dios? ¡Oh, pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! sino que de muy buena gana pasemos por todo, y amemos a quien nos las hace, pues este gran Dios no nos ha dejado de amar a nosotras, aunque le hemos mucho ofendido, y así tiene muy gran razón

en querer que todos perdonen, por agravios que les hagan. Yo os digo, hijas, que aunque pasa de presto esta visión, que es una gran merced que hace Nuestro Señor a quien la hace, si se quiere aprovechar de ella trayéndola presente muy ordinario.

También acaece así muy de presto, y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en sí mismo una verdad que parece deja escurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado a entender, que Él solo es verdad, que no puede mentir, y dase bien a entender lo que dice David en un Salmo, que todo hombre es mentiroso, lo que no se entendiera jamás así, aunque muchas veces se oyerá; es verdad que no puede faltar.

Acuérdaseme de Pilatos, lo mucho que preguntaba a Nuestro Señor, cuando en su Pasión le dijo qué era verdad, y lo poco que entendemos acá de esta suma verdad.

Yo quisiera poder dar más a entender en este caso, mas no se puede decir. Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad. No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirla por ninguna cosa, sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéramos; en especial no quiriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo, y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así ternemos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable.

Una vez estaba yo considerando, por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad,

que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende, agrada más a la suma verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén.

De estas mercedes hace Nuestro Señor a el alma, porque como a verdadera esposa, que ya está determinada a hacer en todo su voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de hacer, y de sus grandezas. No haya para qué tratar de más, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho; que en cosas semejantes no hay que temer, sino que alabar al Señor, porque las da; que el demonio, a mi parecer, ni an la imaginación propia, tienen aquí poca cabida, y así el alma queda con gran satisfacción.

CAPÍTULO XI

Trta de unos deseos tan grandes y impetuosos que da Dios al alma de gozarle que ponen en peligro de perder la vida; y con el provecho que se queda desta merced que hace el Señor.

¿Si habrán bastado todas estas mercedes que ha hecho el Esposo a el alma, para que la palomilla u mariposilla esté satisfecha (no penséis que la tengo olvidada) y haga asiento a donde ha de morir? No por cierto, antes está muy peor; aunque haya muchos años que reciba estos favores, siempre gime y anda llorosa; porque de cada uno de ellos le queda mayor dolor. Es la causa, que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más al deseo; porque también crece el amar, mientras

más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor; y viene en estos años creciendo poco a poco este deseo, de manera que la llega a tan gran pena como ahora diré. He dicho años, conformándome con lo que ha pasado por la persona que he dicho aquí; que bien entiendo que a Dios no hay que poner término, que en un momento puede llegar a un alma a lo más subido que se dice aquí: poderoso es Su Majestad para todo lo que quisiere hacer, y ganoso de hacer mucho por nosotros.

Pues vienen veces que estas ansias y lágrimas y suspiros y los grandes ímpetus que quedan dichos (que todo esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiento, mas todo no es nada en comparación de estotro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puédesse sufrir, aunque con pena), andándose así esta alma, abrasándose en sí misma, acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero, u por una palabra que oye de que se tarda el morir, venir de otra parte, no se entiende de dónde ni cómo, un golpe, u como si viniese una saeta de fuego.

No digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea se ve claro, que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe: más agudamente hiere; y no es adonde se sienten acá las penas a mi parecer, sino en lo muy hondo y íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla en esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias, de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor.

No querría pareciese encarecimiento, porque verdaderamente voy viendo que quedo corta, porque

no se puede decir. Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias, para todo lo que no es, como he dicho, ayudar a sentir esta aflicción. Porque el entendimiento está muy vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda Su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado que procede quien la tiene en dar grandes gritos; con ser persona sufrida y mostrada a padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por esto sacó esta persona, cuán más recios van los sentimientos de ella que los del cuerpo, y se le representó ser de esta manera los que padecen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo para dejar de padecer mucho más que todos lo que acá tiniéndole padecen.

Yo vi una persona así, que verdaderamente pensé que se moría, y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte; y así, aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tiene tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar a Dios, que no es menos; porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito más hubiera cumplídole Dios sus deseos; no porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se descoyunta, como he dicho, de manera que queda dos u tres días después sin poder an tener fuerza para escribir, y con grandes dolores, y an siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que de antes. El no sentirlo, debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte: aunque haya otros muchos se sienten poco; esto yo lo he bien probado: acá, ni poco ni mucho, ni creo sentiría se le hiciesen pedazos.

Diréisme que es imperfección; que por qué no se conforma con la voluntad de Dios, pues le está tan rendida. Hasta aquí podía hacer eso, y con eso pasaba la vida; ahora no, porque su razón está de suerte, que no es señora de ella, ni de pensar sino la razón que tiene para penar, pues está ausente de su bien, que ¿para qué quiere vida? Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ni creo se la harían los del cielo, como no fuese el que ama, antes todo la atormenta: mas vese como una persona colgada, que no asienta en cosa de la tierra, ni al cielo puede subir; abrasada con esta sed, y no puede llegar a el agua; y no sed que puede sufrir, sino ya en tal término que con ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite, si no es con la que dijo Nuestro Señor a la Samaritana, y eso no se lo dan.

¡Oh, válame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dáis después. Bien es que lo mucho cueste mucho; cuanto más, que si es purificar esta alma para que entre en la sétima Morada, como ios que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar; cuanto más, que con todo este tormento y aflicción, que no puede ser mayor, a lo que yo creo, de todas las que hay en la tierra, que esta persona había pasado muchas, ansí corporales, como espirituales, mas todo le parece nada en esta comparación.

Siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podía ella merecer, sino que no es este sentimiento de manera que la alivia ninguna cosa, mas con esto la sufre de muy buena gana, y sufriría toda su vida, si Dios fuese dello servido; aunque no sería morir de una vez, sino estar siempre muriendo, que verdaderamente no es menos.

Pues consideremos, hermanas, aquellos que están

en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer, sino que siempre padecen más y más, digo más y más cuanto a las penas accidentales (1), siendo el tormento del alma tan más recio que los del cuerpo, y lo que ellos pasan, mayores sin comparación que éste que aquí hemos dicho, y éstos, ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será de estas desventuradas almas? ¿y qué podemos hacer en vida tan corta, ni padecer que sea nada para librarnos de tan terribles y eternas tormentos? Yo os digo, que será imposible dar a entender cuán sensible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente a el del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiere el mismo Señor que lo entendamos, para que más conozcamos lo muy mucho que le debemos en traernos a estado que por su misericordia tenemos esperanza de que nos ha de librar y perdonar nuestros pecados.

Pues tornando a lo que tratábamos (que dejamos esta alma con mucha pena), en este rigor es poco lo que le dura, será cuando más tres u cuatro horas, a mi parecer, porque si mucho durase, si no fuese con milagro sería imposible sufrirlo la flaqueza natural. Acaecido ha no durar más que un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos; verdad es, que esta vez del todo perdió el sentido, según vino con rigor (y estando en conversación, Pascua de Resurrección, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendía lo era), de sólo oír una palabra de no acabarse la vida (2). ¡Pues pensar que se puede resistir!, no más que si metida en un fuego quisiese hacer a la llama que

(1) Al margen escribió la Santa: *digo mas y mas cuanto a las penas accidentales.*

(2) Ocurrió este caso a la Santa el año de 1571 en Salamanca.

no tuviese calor para quemarle. No es el sentimiento que se puede pasar en disimulación, sin que las que estén presentes entiendan el gran peligro en que está, aunque de lo interior no pueden ser testigos. Es verdad que le son alguna compañía, como si fuesen sombras; y así le parecen todas las cosas de la tierra.

Y porque veáis que es posible, si alguna vez os vierdes en esto, acudir aquí muestra flaqueza y natural, acaece alguna vez, que estando el alma como habéis visto, que se muere por morir cuando aprieta tanto, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada, verdaderamente teme, y querríase aflojarse la pena por no acabar de morir. Bien se deja entender ser este temor de flaqueza natural, que por otra parte no se quita su deseo, ni es posible haber remedio que se quite esta pena, hasta que la quite el mismo Señor, que casi es lo ordinario, con un arrobamiento grande, u con alguna visión, adonde el verdadero Consolador la consuela y fortalece para que quiera vivir todo lo que fuere su voluntad.

Cosa penosa es ésta, mas queda el alma con grandísimos efectos, y perdido el miedo a los trabajos que le pueden suceder; porque en comparación del sentimiento tan penoso que sintió su alma, no le parece son nada. De manera que queda aprovechada y que gustaría padecerle muchas veces; mas tampoco puede eso en ninguna manera, ni hay ningún remedio para tornarla a tener, hasta que quiere el Señor, como no le hay para resistirle ni quitarle cuando le viene. Queda con muy mayor desprecio del mundo que antes, porque ve que cosa de él no le valió en aquel tormento; y muy más desasida de las criaturas, porque ya ve que sólo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma; y con mayor temor y cuidado de no ofenderle, porque ve que también puede atormentar, como consolar.

Dos cosas me parece a mí que hay en este camino espiritual, que son peligro de muerte. La una ésta, que verdaderamente lo es, y no pequeño; la otra de muy ecesivo gozo y deleite, que es tan grandísimo extremo, que verdaderamente parece que desfallece el alma, de suerte, que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo: a la verdad no sería poca dicha la suya. Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo y que terná razón el Señor, cuando le pidierdes estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos del Zebedeo: si podrían beber el cáliz.

Todas creo, hermanas, que responderemos que sí; y con mucha razón, porque Su Majestad da esfuerzo a quien ve que lo ha menester, y en todo defiende a estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y mormuraciones, como hacía por la Magdalena, aunque no sea por palabras, por obras; y en fin, en fin, antes que se mueran se lo paga todo junto, como ahora veréis. Sea por siempre bendito, y alábenle todas las criaturas. Amén.



SÉTIMAS MORADAS

CAPÍTULO PRIMERO

Trata de mercedes grandes que hace Dios a las almas que han llegado a entrar en las sétimas moradas. Dice como a su parecer hay diferencia alguna del alma al espíritu aunque es todo uno. Hay cosas de notar.

Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto: pues la grandèza de Dios no tiene término, tampoco le ternán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace, que haya comunicado estas cosas a persona, que las podamos venir a saber, para que mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandèza, y nos esforzaremos a no tener en poco, alma con quien tanto se deleita el Señor; pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, así no entendemos los grandes secretos, que están en ella.

Plega a Su Majestad, si es servido, menea la pluma, y me dé a entender cómo yo os diga algo de lo mucho que hay que decir y da Dios a entender a

quien mete en esta morada. Harto lo he suplicado a Su Majestad, pues sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado su nombre.

Esperanza tengo, que no por mí, sino por vosotras, hermanas, me ha de hacer esta merced, para que entendáis lo que os importa, que no quede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas, pues tray tantos bienes consigo como veréis. ¡Oh, gran Dios! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo, de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender. Y es verdad, que he estado en gran confusión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada; porque me parece que han de pensar, que yo lo sé por experiencia y háceme grandísima vergüenza, porque conociéndome la que soy, es terrible cosa. Por otra parte, me ha parecido que es tentación y flaqueza, aunque más juicios de éstos echéis; sea Dios alabado y entendido un poquito más, y gríteme todo el mundo; cuanto más que estaré yo quizá muerta cuando se viniere a ver. Sea bendito el que vive para siempre y vivirá. Amén.

Cuando Nuestro Señor es servido haber piadad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual, métele en su morada, que es esta sétima; porque así como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia, a donde sólo Su Majestad mora, y digamos otro cielo: porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa oscura, que como no la vemos, lo más ordinario debe parecer, que no hay otra luz interior, sino esta que vemos, y que está dentro de nuestra alma alguna oscuridad. De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta del Sol de justicia, que está en

ella dándole ser; sino por no ser ella capaz (1) para recibir la luz, como creo dije en la primera morada: que había entendido una persona, que estas desventuradas almas es así que están como en una cárcel oscura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas; con razón podemos compadecernos dellas, y mirar que algún tiempo nos vimos así, y que también puede el Señor haber misericordia de ellas.

Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal; muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas las manos atrás con una fuerte cadena, y él amarrado a un poste, y muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe sí muy estremados manjares, sino que no los puede tomar para llevarlos a la boca; y an está con grande hastío, y ve que va ya a espirar, y no muerte como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad estarle mirando, y no le llevar a la boca que comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oración le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido, que siempre tengáis acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes.

No hablamos ahora con ellas, sino con las que ya, por la misericordia de Dios, han hecho penitencia por sus pecados, y están en gracia, que podemos considerar, no una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior, adonde caben tantas y tan lindas Moradas como habéis visto; y así es razón que sea, pues dentro de esta alma hay morada para Dios. Pues cuando Su Majestad es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su morada y quiere Su Majestad, que no sea como otras veces que la ha metido en estos arro-

(1) El P. Gracián hizo algunas correcciones a esta frase, para que dijera *por no estar ella dispuesta*.

bamientos, que yo bien creo que la une consigo entonces, y en la oración que queda dicha de unión, aunque no le parece a el alma que es tanta llamada para entrar en su centro, como aquí en esta Morada, sino a la parte superior. En esto va poco: sea de una manera u de otra, el Señor la junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como lo quedó san Pablo en su conversión, y quitándola el sentir cómo u de qué manera es aquella merced que goza; porque el gran deleite que entonces siente el alma, es de verse cerca de Dios. Mas cuando la junta consigo, ninguna cosa entiende, que las potencias todas se pierden.

Aquí es de otra manera; quiera ya nuestro bien Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera estraña y metida en aquella Morada por visión (1) inteletual; por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas personas distintas, y por una noticia admirable, que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que venía Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma, que le ama y guarda sus mandamientos.

¡Oh, válame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta

(1) *Conoscimiento*, interlineó el P. Gracián.

más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; en lo muy más anterior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía.

Pareceros ha, que según esto no andará en sí, sino tan embebida, que no pueda entender en nada: mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios, y en faltando las ocupaciones, se queda con aquella agradable compañía; y si no falta a Dios el alma, jamás Él la faltará, a mi parecer, de darse a conocer tan conocidamente su presencia; y tiene gran confianza que no la dejará Dios, pues la ha hecho esta merced, para que la pierda; y así se puede pensar, aunque no deja de andar con más cuidado que nunca, para no le desagradar en nada.

El traer esta presencia, entiéndese que no es tan enteramente (1), digo tan claramente, como se le manifiesta la primera vez y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni an vivir entre la gente; mas aunque no es con esta tan clara luz, siempre advierte se halla con esta compañía. Digamos ahora como una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas, y se quedase ascuras; no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí. Es de preguntar, si cuando torna la luz, y las quiere tornar a ver, si puede. Esto no está en su mano, sino cuando quiere Nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento: harta misericordia la hace en nunca se ir de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido.

Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer el alma para más, con esta admirable compa-

(1) El P. Gracián rayó esta palabra.

ña; porque está claro, que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfección, y perder el temor que traía algunas veces, de las demás mercedes que la hacía, como queda dicho. Y así fué, que en todo se hallaba mejorada, y la parecía que por trabajos y negocios que tuviese lo esencial de su alma, jamás se movía de aquel aposento; de manera que en alguna manera le parecía había división en su alma, y andando con grandes trabajos, que poco después que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba de ella, a manera de Marta, cuando se quejó de María, y algunas veces la decía que se estaba ella siempre gozando de aquella quietud a su placer, y la deja a ella en tantos trabajos y ocupaciones, que no la puede tener compañía.

Esto os parecerá, hijas, desatino, mas verdaderamente pasa así, que aunque se entiende que el alma está toda junta, no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario; por donde decía yo que se ven cosas interiores, de manera que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida del alma a el espíritu, aunque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que les quiere dar el Señor. También me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa: hay tantas, y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento ponerme yo a declararlas; allá lo veremos, si el Señor nos hace merced de llevarnos, por su misericordia, adonde entendamos estos secretos.

CAPÍTULO II

Procede en lo mismo. Dice la diferencia que hay de unión espiritual a matrimonio espiritual. Decláralo por delicadas comparaciones.

Pues vengamos ahora a tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfección, mientras vivimos; pues si nos apartásemos de Dios, se perdería este tan gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse a el alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté inorante de que recibe tan soberano don. A otras personas será por otra forma: a ésta de quien hablamos se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él ternía cuidado de las suyas; y otras palabras que son más para sentir que para decir.

Parecerá que no era esta novedad, pues otras veces se había representado el Señor a esta alma en esta manera; fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada; lo uno, porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro, porque las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras. Porque entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas a las de esta morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como lo hay entre dos desposados, a los que ya no se pueden apartar (1).

(1) Esta es, como observa el P. Silverio, la lectura definitiva de la frase, después de las correcciones que la Santa hizo de ella.

Ya he dicho que aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más a propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviese en él, sino sólo espíritu; y en el matrimonio espiritual, muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser a donde está el mismo Dios; y a mi parecer no ha menester puerta por donde entre: digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí parece que va por medio de los sentidos y potencias; y este aparecimiento de la Humanidad del Señor, así debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparecese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas, como se apareció a los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo: "Pax vobis." Es un secreto tan grande, y una merced tan subida lo que comunica Dios allí a el alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel memento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gesto espiritual. No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, que como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar a entender a algunas personas hasta a donde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no (1) se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan; y la unión también lo es, porque

(1) La Santa borró unas cuantas palabras.

unque unión es juntarse dos cosas en una, en fin se pueden apartar y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo de manera que lo entiendan. En estotra merced del Señor no, porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda luz fuese una, u que el pabilo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, u el pabilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, a donde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, u lo que cayó del cielo; o como si un arroíco pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida, se hace todo una luz.

Quizá es esto lo que dice San Pablo: "el que se arrima y allega a Dios, hácese espíritu con Él", tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad a el alma por unión. Y también dice: *Mihi bibere Christus est, mori lucrum*; así me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo.

Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los efetos, porque se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma, muy muchas veces tan vivas, que en ninguna manera se puede dudar, porque la siente muy bien el alma, aunque no se saben decir; mas que es tanto este sentimiento, que producen algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se puede excusar de decir: ¡Oh, vida de mi vida

y sustento que me sustentas! y cosas de esta manera; porque de aquellos pechos divinos, a donde parece está Dios siempre sustentando el alma, salen unos rayos de leche, que toda la gente del Castillo conforta, que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fuentecita pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir a estos dos desposados.

Y así como sentiría esta agua una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ella, y no lo podía dejar de sentir, de la misma manera, y an con más certidumbre, se entienden estas operaciones que digo; porque así como no nos podría venir un gran golpe de agua si no tuviese principio, como he dicho, así se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas y dé vida a esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envía a las potencias, de lo interior del alma. Ella, como he dicho, no se muda de aquel centro ni se le pierde la paz; porque el mismo que la dió a los Apóstoles, cuando estaban juntos, se la puede dar a ella.

Heme acordado, que esta salutación del Señor, debía ser mucho más de la que suena, y el decir a la gloriosa Madalena, que se fuese en paz; porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de tal manera debían hacer la operación en aquellas almas que estaban ya dispuestas, que apartase en ellos todo lo que es corpóreo en el alma y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta unión celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y deshaciéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de hinchar de Sí. Y así, orando una vez Jesucristo

Nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé dónde es (1) dijo, que fuesen una cosa con el Padre y con Él, ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! Y no dejaremos de entrar aquí todos, porque así dijo Su Majestad: "No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también", y dice: "Yo estoy en ellos."

¡Oh, váleme Dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo lo entenderíamos todas, si no fuese por nuestra culpa! Pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor, no pueden faltar; mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, a donde nuestra imagen está esculpida.

Pues tornando a lo que decíamos, en metiendo el Señor a el alma en esta Morada suya, que es el centro de la misma alma, así como dicen que el cielo Impíreo a donde está Nuestro Señor no se mueve como los demás, así parece no hay los movimientos en esta alma, en entrando aquí, que suele haber en las potencias y imaginación, de manera que la perjudiquen ni la quiten su paz. Parece que quiere decir, que en llegando el alma a hacerla Dios esta merced, está segura de su salvación y de tornar a caer. No digo tal; y en cuantas partes tratare desta manera, que parece está el alma en seguridad, se entienda; mientras la divina Majestad la tuviere así de su mano, y ella no le ofendiere; al menos sé cierto, que aunque se ve en este estado, y le ha durado años, que no se tiene por segura, sino que anda con mucho más temor que antes en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle, como se dirá adelante, y con ordinaria pena y confusión de ver lo

(1) El P. Gracián borró estas palabras del autógrafo.

poco que puede hacer y lo mucho a que está obligada, que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia; porque el hacer penitencia esta alma, mientras más grande, le es más deleite. La verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer, y fuerzas; que aunque en otra parte he dicho la gran pena que esto da, es muy mayor aquí, y todo le debe venir de la raíz a donde está plantada; que así como el árbol, que está cabe las corrientes de las aguas, está más fresco y da más fruto, ¿qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

Pues tornando a lo que decía, no se entienda que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz; el alma sí, mas en estotras Moradas no deja de haber tiempos de guerra y de trabajos y fatigas; mas son de manera, que no se quita de su paz y puesto: esto es lo ordinario. Este centro de nuestra alma, u este espíritu, es una cosa tan dificultosa de decir, y an de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar a entender, no os dé alguna tentación de no creer lo que digo; porque decir que hay trabajos y penas, y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiéroos poner una comparación u dos: plega a Dios que sean tales, que diga algo; mas si no lo fuere, yo sé que digo verdad en lo dicho.

Está el Rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su puesto: así acá, aunque en estotras Moradas anden muchas baraúndas y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, naide entra en aquella, que la haga quitar de allí; ni las cosas que oye, aunque le dan alguna pena, no es de manera que la alboroten y quiten la paz; porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más rendidas. Duélenos todo el cuerpo,

mas si la cabeza está sana, no porque duela el cuerpo, dolerá la cabeza. Riéndome estoy de estas comparaciones, que no me contentan, mas no sé otras. Pensá lo que quisierdes; ello es verdad lo que he dicho.

CAPITULO III

Trata de los grandes efetos que causa esta oración dicha; es menester prestar atención y acuerdo de los que hace, que es cosa admirable la diferencia que hay de los pasados.

Ahora, pues, decimòs, que esta mariposica ya murió, con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo: veamos qué vida hace, u qué diferencia hay de cuando ella vivía; porque en los efetos veremos si es verdadero lo que queda dicho. A lo que puedo entender son los que diré:

El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoce ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo Su Majestad hicieron efeto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que Él miraría por las suyas. Y así de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querría ser en nada, nada, sino es para cuando entiende, que puede haber por su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pornía muy de buena gana su vida.

No entendáis por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir, que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada conforme a su estado, que hablamos en cosas interiores, que

de obras exteriores poco hay que decir; que antes esa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede y entiende que es servicio de Nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra.

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que le inquiete, como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que Su Majestad hace, tienen por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata como solía.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal u desean hacer, antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace Su Majestad holgarían perder, porque se las hiciese a ellos, porque no ofendiesen a Nuestro Señor.

Lo que más me espanta de todo es, que ya habéis visto los trabajos y aficiones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor: ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto, que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los santos: no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás.

Verdad es, que algunas veces que se olvida de esto, tornan con ternura los de gozar de Dios y desear salir de este destierro, en especial viendo lo poco que le sirve; mas luego torna, y mira en sí misma con la continuanza que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece a Su Majestad el querer vivir, como una ofrenda, la más costosa para ella que le puede dar. Temor ninguno tiene de la muerte, más que ternía de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan ecesivo, da ahora estotros. Sea por siempre bendito y alabado.

El fin es, que los deseos de estas almas no son ya de regalos ni de gustos, como tienen consigo al mismo Señor, y Su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fué sino contino tormento, y así hace que sea la nuestra, al menos con los deseos, que nos lleva como a flacos en lo demás, aunque bien les cabe de su fortaleza cuando ve que la han menester. Un desasimiento grande de todo, y deseo de estar siempre u solas u ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma; no se quedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca querría estar sino dándole alabanzas, y cuando se descuida, el mismo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente, que procede aquel impulso, u no sé cómo le llame, de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá ~~es~~ gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se pueda entender que el alma hizo nada de su parte. Esto es tan ordinario y tantas veces, que se ha mirado bien con advertencia: que así como un fuego no echa la llama haciabajo, sino haciarrriba, por grande que quieran encender el fuego, así se entiende acá que este movimiento interior procede del centro del alma y despierta las potencias.

Por cierto cuando no hubiera otra cosa de ganan-

cia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros, y andarnos rogando, que no parece esto otra cosa, que nos estemos con Él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan por gozar de estos toques de su amor tan suaves y penetrativos. Esto habréis, hermanos, experimentado, porque pienso, en llegando a tener oración de unión, anda el Señor con este cuidado, si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos.

Cuando esto os acaeciese, acordaos que es desta Morada interior, adonde está Dios en nuestra alma, y alabalde (1) mucho, porque cierto, es suyo aquel recaudo u billete escrito con tanto amor, y de manera que sólo vos quiere entendáis aquella letra y lo que por ella os pide. Y en ninguna manera dejéis de responder a Su Majestad, aunque estéis ocupadas exteriormente y en conversación con algunas personas; porque acaecerá muchas veces en público querer Nuestro Señor haceros esta secreta merced y es muy fácil como ha de ser la respuesta interior hacer lo que digo (2) haciendo un ato de amor o decir lo que San Pablo: “¿Qué queréis, Señor, que haga?” De muchas maneras os enseñará allí con que le agradéis y es tiempo aceto; porque parece se entiende que nos oye, y casi siempre dispone el alma este toque tan delicado para poder hacer lo que queda dicho con voluntad determinada. La diferencia que hay aquí en esta morada, es lo dicho: que casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre; el no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el de-

(1) *Alabalde*; forma antigua de *alabadle*. En Avila todavía usan los campesinos la forma antigua.

(2) Suprimen estas palabras, *hacer lo que digo*, el Padre Gracián y Fr. Luis de León.

monio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios; porque, como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos ni potencias; que se descubrió Su Majestad al alma, y la metió consigo a donde a mi parecer, no osará entrar el demonio, ni le dejará el Señor; y todas las mercedes que hace aquí a el alma, como he dicho, son con ningún ayuda de la mesma alma, sino el que ya ella ha hecho de entregarse toda a Dios.

Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí a el alma y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, a donde no se había de oír ningún ruido; así en este templo de Dios, en esta Morada cuya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento; que el Señor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque aunque a tiempos se pierde esta vista y no le dejan mirar, es poquísimo intevalo, porque a mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas.

Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan si no es alguna vez, y ésta no con aquellos arrobamientos y vuelo de espíritu; y son muy raras veces, y esas casi siempre no en público como antes, que era muy de ordinario; ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción, que vea, como antes: que si ven una imagen devota u oyen un sermón, que casi no era oírle, u música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar. Ahora, u es que halló su reposo, u que el alma ha visto tanto en esa Morada, que no se espanta de nada, u que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía. En fin, hermanas, yo no sé que sea la causa que en comenzando el Señor a mostrar lo que hay en esta Morada, y metiendo el

alma allí, se les quita esta gran flaqueza que les era harto trabajo, y antes no se quitó. Quizá es que la ha fortalecido el Señor y ensanchado y habilitado; u puede ser que quería dar a entender en público lo que hacía con estas almas en secreto, por algunos fines que Su Majestad sabe; que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar.

Estos efectos, con todos los demás que hemos dicho, que sean buenos en los grados de oración que quedan dichos, da Dios, cuando llega el alma a Sí, con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta petición. Aquí se dan las aguas a esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios. Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades deste mundo. ¡Oh, Jesús! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura, que debe haber para dar a entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y a los que la habéis dado, no se la quitéis por vuestra misericordia; que en fin, hasta que les déis la verdadera y las llevéis a donde no se pueda acabar, siempre se ha de vivir con temor. Digo la verdadera, no porque entienda ésta no lo es, sino porque se podría tornar la guerra primera, si nosotros nos apartásemos de Dios.

Mas ¿qué sentirán estas almas de ver que podrían carecer de tan gran bien? Esto les hace andar más cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de flaqueza, para no dejar cosa que se les puede ofrecer, para más agradar a Dios, por culpa suya. Mientras más favorecidas de Su Majestad andan, más acobardadas y temerosas de sí; y como en estas grandezas suyas han conocido más sus miserias, y se les hacen más graves sus pecados, andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el Publicano; otras

con deseos de acabar la vida por verse en seguridad, aunque luego tornan con el amor que le tienen, a querer vivir para servirle, como queda dicho, y fían todo lo que les toca de su misericordia. Algunas veces las muchas mercedes las hacen andar más aniquiladas, que temen, que como una nao, que va muy demasiado cargada, se va a lo hondo, no les acaezca así.

Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta ni hace perder la paz, sino pasan de presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza; que la presencia que traín del Señor les hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas. Amén.

CAPÍTULO IV

Con que acaba dando a entender lo que le parece que pretende nuestro Señor en hacer tan grandes mercedes a alma. Y como es necesario que anden juntas Marta y María. Es muy provechoso.

No habéis de entender, hermanas, que siempre en un ser están estos efetos que he dicho en estas almas, que por eso a donde se me acuerda, digo lo ordinario, que algunas veces las deja Nuestro Señor en su natural; y no parece sino que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y Moradas de este Castillo, para vengarse de ellas por el tiempo que no las pueden haber a las manos.

Verdad es que dura poco; un día lo más, u poco más, y en este gran alboroto, que procede lo ordinario de alguna ocasión, se ve lo que gana el alma

en la buena compañía que está, porque la da el Señor una gran entereza, para no torcer en nada de su servicio y buenas determinaciones, sino que parece le crecen, ni por un primer movimiento muy pequeño no tuercen de esta determinación. Como digo, es pocas veces, sino que quiere Nuestro Señor que no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde, lo uno, lo otro porque entienda más lo que debe a Su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe.

Tampoco os pase por pensamiento, que por tener estas almas tan grandes deseos y determinación de no hacer una imperfección por cosa de la tierra, dejen de hacer muchas, y an pecados. De advertencia no, que las debe el Señor a estas tales dar muy particular ayuda para esto; digo pecados veniales, que de los mortales, que ellas entiendan, están libres aunque no siguras; que ternán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento. También se les da las almas que ven que se pierden; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán de ellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura que parecía eran favorecidos del Señor, como un Salomón, que tanto comunicó con Su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho. Y la que se viere de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más; porque "bienaventurado el varón que teme a Dios", dice David. Su Majestad nos ampare siempre; suplicáoselo para que no le ofendamos, es la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado. Amén.

Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Aunque en los efetos de ellas los habréis entendido, si advertistes en ello, os lo quiero tornar a decir aquí, porque no piense alguna que es para solo regalar estas almas, que sería grande yerro: que no

nos puede Su Majestad hacérsle (1) mayor, que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer.

Siempre hemos visto, que los que más cercanos anduvieron a Cristo Nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos: miremos los que pasó su gloriosa Madre, y los gloriosos Apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir san Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones y contemplación, cuando es de Nuestro Señor, y no imaginación u engaño del demonio. ¿Por ventura ascondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo día de descanso, a lo que podemos entender; y tampoco le debía de tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer. Gusto yo mucho de san Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció Nuestro Señor y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez. Nenguna rezamos esta fiesta a donde esto está que no me es particular consuelo. ¿Cómo quedó San Pedro de esta merced del Señor u qué hizo? Irse luego a la muerte; y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé.

¡Oh, hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honras, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma a donde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con Él, como es razón, poco se debe acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué u por dónde mos-

(1) Por *hacérsle*, puso el P. Gracián *hacerle*; así consta en la copia de Córdoba y en la edición príncipe. Salamanca, M.D.LXXXV.

trará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras.

Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho; porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas, haciendo atos con Nuestro Señor, propuniendo y prometiéndole de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, que todo lo que se está con Dios aprovecha mucho; y estas determinaciones, aunque seamos flacos en no las cumplir después, alguna vez nos dará Su Majestad como lo hagamos, y an quizá, aunque nos pese, como hace muchas veces, que como ve un alma muy cobarde, dale un muy gran trabajo bien contra su voluntad, y sácala con ganancia, y después, como esto entiende el alma, queda más perdido el miedo para ofrecerse más a Él. Quise decir que es poco, en comparación de lo mucho más que es que conformen las obras con los atos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco a poco: vaya doblando su voluntad si quiere que le aproveche la oración, que dentro de estos rincones no faltarán hartas ocasiones en que lo podáis hacer.

Mirá que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poné los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro, que es el de la †, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fué, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay

ésta muy de veras, an por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Ansí que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurá ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo u por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicierdes en este caso, hacéis más por vos que por ellas, puniendo piedras tan firmes que no se os caya el castillo.

Torno a decir que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque si no procuráis virtudes, y hay ejercicio de ellas, siempre es quedaréis enanas; y an plega a Dios, que sea sólo no crecer, porque ya sabéis, que quien no crece, descrece; porque el amor, tengo por imposible contentarse de estar en un ser, a donde le hay.

Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que después pueden ya descansar: ya os he dicho, que el sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos ni querer tenerle en lo exterior. ¿Para qué pensáis que son aquellas inspiraciones que he dicho, u por mejor decir aspiraciones, y aquellos recaudos que envía el alma del centro interior a la gente de arriba del Castillo y a las Moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen a dormir? ; No, no, no! que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellos padeciendo; porque entonces no entendía la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerla Dios allí, como la compañía que ti:ne le da fuerzas muy mayores que nunca. Porque si acá dice David, que con los santos seremos santos, no hay que dudar sino que estando echa una cosa con él fuerte, por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y ansí veremos la que han tenido los santos para padecer y morir.

Es muy cierto que an de la que a ella allí se le pega, acude a todos los que están en el castillo y an al mesmo cuerpo, que parece muchas veces no siente; sino esforzado con el esfuerzo que tiene el alma bebiendo del vino de esta bodega, a donde la ha traído su Esposo, y no la deja salir, recurda en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago da fuerza a la cabeza y a todo el cuerpo (1). Y ansí tiene harta mala ventura mientras vive, porque por mucho que haga, es mucho más la fuerza interior y la guerra que se le da, que todo le parece nonada. De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos, en especial la gloriosa Madalena, criada siempre en tanto regalo; y aquella hambre, que tuvo nuestro padre Elías, de la honra de su Dios, y tuvo santo Domingo y san Francisco de allegar almas, para que fuese alabado; que yo os digo que no debían pasar poco, olvidados de sí mesmos.

Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar; y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que él que Él fué y han ido todos sus santos. No nos pase por pensamiento: créeme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es, que de todas las maneras que pudiéremos, lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben.

Decirme heis dos cosas: La una, que dijo que María había escogido la mejor parte, y es que ya había

(1) Estas palabras están interlineadas.

hecho el oficio de Marta, regalando a el Señor en lavarle los pies y limpiarlos con sus cabellos. ¿Y pensáis que le sería poca mortificación a una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola, porque no llevaba hervor para entender cómo iba, y entrar a donde nunca había entrado, y después sufrir la mormuración del fariseo, y otras muy muchas que debía sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quien ellos tenían tan aborrecido, para traer a la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa, porque está claro, que luego mudaría vestido y todo lo demás; pues ahora se dice a personas que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces? Yo os digo, hermanas, que venía la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver a su Maestro tan aborrecido, era intolerable trabajo. ¡Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor! Tengo para mí, que el no haber recibido martirio fué por haberle pasado en ver morir al Señor; y en los años que vivió, en verse ausente de Él, que sería de terrible tormento, se verá que no estaba siempre con regalo de contemplación a los pies del Señor.

La otra, que no podéis vosotras, ni tenéis cómo allegar almas a Dios; que lo haríades de buena gana, mas que no habiendo de enseñar ni predicar, como hacían los Apóstoles, que no sabéis cómo. A esto he respondido por escrito algunas veces, y an no sé si en este Castillo; mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí. Ya os dije en otra parte que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos a mano, para servir a Nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado

las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligadas. ¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No sería sino mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá Su Majestad que haríades mucho más; y así os dará premio, como si le ganádes muchas.

Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración a los prójimos. En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad, que vamos (1) pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida, y quizá será más poco de lo que cada uno piensa, interior y exteriormente ofrezcamos a el Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz, por nosotros, al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras.

Plega a Su Majestad, hermanas y hijas mías, que nos veamos todas a donde siempre le alabemos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás, amén; que yo os digo, que es

(1) *Vamos por vayamos, como vais por vayáis y hay por haya.*

harta confusión mía, y así os pido por el mismo Señor, que no olvidéis en vuestras oraciones esta pobre miserable (1).

J h S

Anque cuando comencé a escribir esto que aquí va, fué con la contradición que al principio digo, después de acabado me ha dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, anque confieso que ha sido harto poço. Y considerando el mucho encerramiento, y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no casas tan bastantes como conviene, en algunos monesterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este Castillo interior, pues sin licencia de los superiores podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora.

Verdad es que no en todas las Moradas podréis entrar por vuestras fuerzas, anque os parezca las tenéis grandes, si no os mete el mismo Señor del Castillo; por eso os aviso, que ninguna fuerza pongáis, si hallardes resistencia alguna, porque le enojáis de manera que nunca os deje entrar en ellas.

Es muy amigo de humildad. Con teneros por tales, que no merecéis an entrar en las Terceras, le ganaréis más presto la voluntad para llegar a las Quintas, y de tal manera le podéis servir desde allí, acontinuando a ir muchas veces a ellas, que os meta en la mesma Morada que tiene para Sí, de donde no salgáis más, si no fuerdes llamadas de la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumpláis, como la suya mesma. Y anque mucho es-

(1) En la carta que escribió la Santa por noviembre de 1581 a María de San José, le autorizaba para que leyese su séptima morada al P. Rodrigo Alvarez que la confesó en Sevilla.

téis fuera por su mandado, siempre cuando tornardes, os terná la puerta abierta. Una vez mostradas a gozar de este Castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él, que no os lo puede quitar naide.

Anque no se trata de más de siete Moradas, en cada una de éstas hay muchas, en lo bajo y alto y a los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintios (1) y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que lo crió a su imagen y semejanza: Si algo hallardes bueno en la orden de daros noticias de Él, creé verdaderamente que lo dijo Su Majestad por daros a vosotras contento, y lo malo que hallardes, es dicho de mí.

Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros a servir este mi Dios y Señor, os pido que, en mi nombre, cada vez que leyerdes aquí, alabéis mucho a Su Majestad, y le pidáis el aumento de su Iglesia, y luz para los luteranos; y para mí que me perdone mis pecados, y me saque de purgatorio, que allá estaré quizá, por la misericordia de Dios, cuando esto se os diere a leer, si estuviere para que se vea, después de visto de letrados; y si algo tuviere de error, es por más no lo entender, que en todo me sujeto a lo que tiene la santa Iglesia Católica Romana, que en ésta vivo y protesto y prometo vivir y morir. Sea Dios Nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amén, amén.

Acabóse esto de escribir en el monesterio de San Josef de Avila, año MDLXXVII, vispera de san Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás. Amén.

(1) *Laborintios*, laberintos encrucijadas. Añadieron esta palabra, de la copia de Toledo, Fr. Luis de León y otros. En el autógrafo no se lee.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
ADVERTENCIA	5
LIBRO LLAMADO CAMINO DE PERFECCIÓN.—ARGUMENTO GENERAL DE ESTE LIBRO.....	9
PROTESTACIÓN	11
PRÓLOGO.....	13
Capítulo I.—De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monesterio	15
Cap. II.—Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza.....	17
Cap. III.—Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia; acaba con una exclamación.	22
Cap. IV.—En que persuade la guarda de la regla, y de tres cosas importantes para la vida espiritual. Declara la primera de estas tres cosas que es amor de prójimo y lo que dañan amistades particulares...	27
Cap. V.—Prosigue en los confesores; dice lo que im- porta sean letrados.....	34
Cap. VI.—Torna a la materia que comenzó en el amor perieto	37
Cap. VII.—En que trata de la misma materia de amor espiritual y da algunos avisos para ganarle.	41
Cap. VIII.—Trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado interior y exteriormente.....	46

	<u>Págs.</u>
Cap. IX.—Que trata del gran bien que hay en huír los deudos, los que han dejado el mundo, y cuán más verdaderos amigos hallan.....	48
Cap. X.—Trata cómo no basta desasirse de lo dicho si no nos desasimos de nosotras mismas, y cómo están juntas esta virtud y la humildad.....	50
Cap. XI.—Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades.....	54
Cap. XII.—Trata de cómo ha de tener en poco la vida el verdadero amador de Dios y la honra.....	56
Cap. XIII.—Prosigue en la mortificación, y cómo ha de huír de los puntos y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón.....	61
Cap. XIV.—En que trata de lo mucho que importa no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas.....	64
Cap. XV.—Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa...	65
Cap. XVI.—De la diferencia que ha de haber en la perfección de la vida de los contemplativos a los que se contentan con oración mental, y cómo es posible algunas veces subir Dios un a'ma distraída a perfeta contemplación, y la causa de ello. Es mucho de notar este capítulo, y el que viene cabe él...	69
Cap. XVII.—De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor.....	74
Cap. XVIII.—Que prosigue en la mesma materia y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos que de los ativos. Es de mucha consolación para ellos.....	78
Cap. XIX.—Que comienza a tratar de la oración; ha-	

	<u>Págs.</u>
bla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento.....	82
Cap. XX.—Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas de esto sean sus pláticas siempre.	91
Cap. XXI.—Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone.....	94
Cap. XXII.—En que declara qué es oración mental	99
Cap. XXIII.—Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con determinación	103
Cap. XXIV.—Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección, y cuán junta anda con ella la mental.....	106
Cap. XXV.—En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales.....	109
Cap. XXVI.—En que va declarando el modo para recoger el pensamiento; pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración.....	111
Cap. XXVII.—En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del <i>Paternóster</i> y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios.....	116
Cap. XXVIII.—En que declara qué es oración de re-	

- cogimiento, y pónense algunos medios para acostumbra-
 tumbrarse a ella..... 119
- Cap. XXIX.—Prosigue en dar medios para procurar
 esta oración de recogimiento; dice lo poco que se
 nos ha de dar de ser favorecidas de los Perlados. 125
- Cap. XXX.—Dice lo que importa entender lo que se
 pide en la oración. Trata destas palabras del *Pa-*
ternóster: Sanctificetur nomen tuum, adveniat
regnum tuum. Aplicalas a oración de quietud, y
 comiéntala a declarar..... 128
- Cap. XXXI.—Que prosigue en la misma materia:
 declara qué es oración de quietud. Pone algunos
 avisos para los que la tienen. Es mucho de notar... 131
- Cap. XXXII.—Que trata de estas palabras del *Pater-*
nóster: Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra,
 y lo mucho que hace quien dice estas palabras con
 toda determinación, y cuán bien se lo paga el
 Señor..... 139
- Cap. XXXIII.—En que trata la gran necesidad
 que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedi-
 mos en estas palabras del *Paternóster: Panem*
nostrum quotidianum da nobis hodie..... 145
- Cap. XXXIV.—Prosigue en la misma materia; es
 muy bueno para después de haber recibido el San-
 tísimo Sacramento..... 148
- Cap. XXXV.—Acaba la materia comenzada con una
 exclamación a el Padre Eterno..... 154
- Cap. XXXVI.—Trata de estas palabras del *Pater-*
nóster: Dimitte nobis debita nostra..... 157
- Cap. XXXVII.—Dice la excelencia de esta oración
 del *Paternóster*, y cómo hallaremos de muchas ma-
 ras consolación en ella..... 163
- Cap. XXXVIII.—Que trata de la gran necesidad que

	<u>Págs..</u>
tenemos de suplicar a el Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: <i>Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo</i> y declara algunas tentaciones. Es de notar.....	165
Cap. XXXIX.—Prosigue la misma materia, y da avisos de tentaciones algunas de diferentes materias; y pone dos remedios para que se puedan librar de ellas.....	170
Cap. XL.—Dice cómo procurando siempre andar en amor y temor de Dios iremos siguras entre tantas tentaciones	173
Cap. XLI.—Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales.....	177
Cap. XLII.—En que trata de estas postreras palabras de el <i>Paternoster</i> : <i>Sed libera nos a malo. Amén.</i> “Má líbranos de mal. Amén.”.....	182
 EL CASTILLO INTERIOR O LAS MORADAS 	
ADVERTENCIA	189
EL CASTILLO INTERIOR	195
 MORADAS PRIMERAS 	
Cap. I.—En que trata de la hermosura y dinidad de nuestras almas; pone una comparación para entender y dice la ganancia que es entenderla y saber las mercedes que recibimos de Dios; y cómo la puerta deste Castillo es oración.....	199
Cap. II.—Trata de cuán fea es un alma que está en pecado mortal y cómo quiso Dios dar a entender algo desto a una persona. Trata también algo sobre el propio conocimiento. Es de provecho, porque hay algunos puntos de notar; dice cómo se han de entender estas Moradas.....	204

MORADAS SEGUNDAS

- Cap. único.—Trata de lo mucho que importa la perseverancia para llegar a las postreras Moradas, y la gran guerra que da el demonio; y cuánto conviene no errar el camino en el principio para acertar; da un medio que ha probado ser muy eficaz... 215

MORADAS TERCERAS

- Cap. I.—Trata de la poca seguridad que podemos tener mientras se vive en este destierro, aunque el estado sea subido, y cómo conviene andar con temor. Hay algunos buenos puntos..... 223
- Cap. II.—Prosigue en lo mismo, y trata de las sequedades en la oración, y de lo que podría suceder a su parecer; y cómo es menester probarnos; y qué prueba el Señor a los que están en estas Moradas... 229

MORADAS CUARTAS

- Cap. I.—Trata de la diferencia que hay de contentos y ternura en la oración, y de gustos; y dice el contento que le dió entender que es cosa diferente el pensamiento y el entendimiento; es cosa de provecho para quien se divierte mucho en la oración..... 237
- Cap. II.—Prosigue en lo mismo, y declara por una comparación qué es gustos, y cómo se han de alcanzar no procurándolos..... 244
- Cap. III.—En que trata qué es oración de recogimiento, que por la mayor parte la da el Señor antes de la dicha; dice sus efectos y los que quedan de la pasada, que trató de los gustos que da el Señor... 250

MORADAS QUINTAS

- Cap. I.—Comienza a tratar cómo en la oración se une el alma con Dios; dice en qué se conocerá no ser engaño..... 259
- Cap. II.—Prosigue en lo mismo; declara la oración de unión por una comparación delicada; dice los efectos con que queda el alma; es muy de notar... 266
- Cap. III.—Continúa la misma materia; dice de otra manera de unión que puede alcanzar el alma con el favor de Dios, y lo que importa para esto es el amor del prójimo; es de gran provecho..... 273
- Cap. IV.—Prosigue en lo mismo declarando más esta manera de oración; dice lo mucho que importa andar con aviso, porque el demonio le trae grande para hacer tornar atrás de lo comenzado..... 280

MORADAS SEXTAS

- Cap. I.—Trata cómo en comenzando el Señor a hacer mayores mercedes, hay más grandes trabajos; dice algunos y cómo se han en ellos los que están ya en esta Morada; es bueno para quien los pasa interiores..... 287
- Cap. II.—Trata de algunas maneras con que despierta Nuestro Señor a el alma, que parece no hay en ellas que temer, aunque es cosa muy subida, y son grandes mercedes..... 295
- Cap. III.—Trata de la misma materia y dice de la manera que habla Dios al alma cuando es servido; y avisa cómo se han de haber en esto, y no seguirse por su parecer: pone algunas señales para que se conozca cuándo no es engaño y cuándo lo es; es de harto provecho..... 300

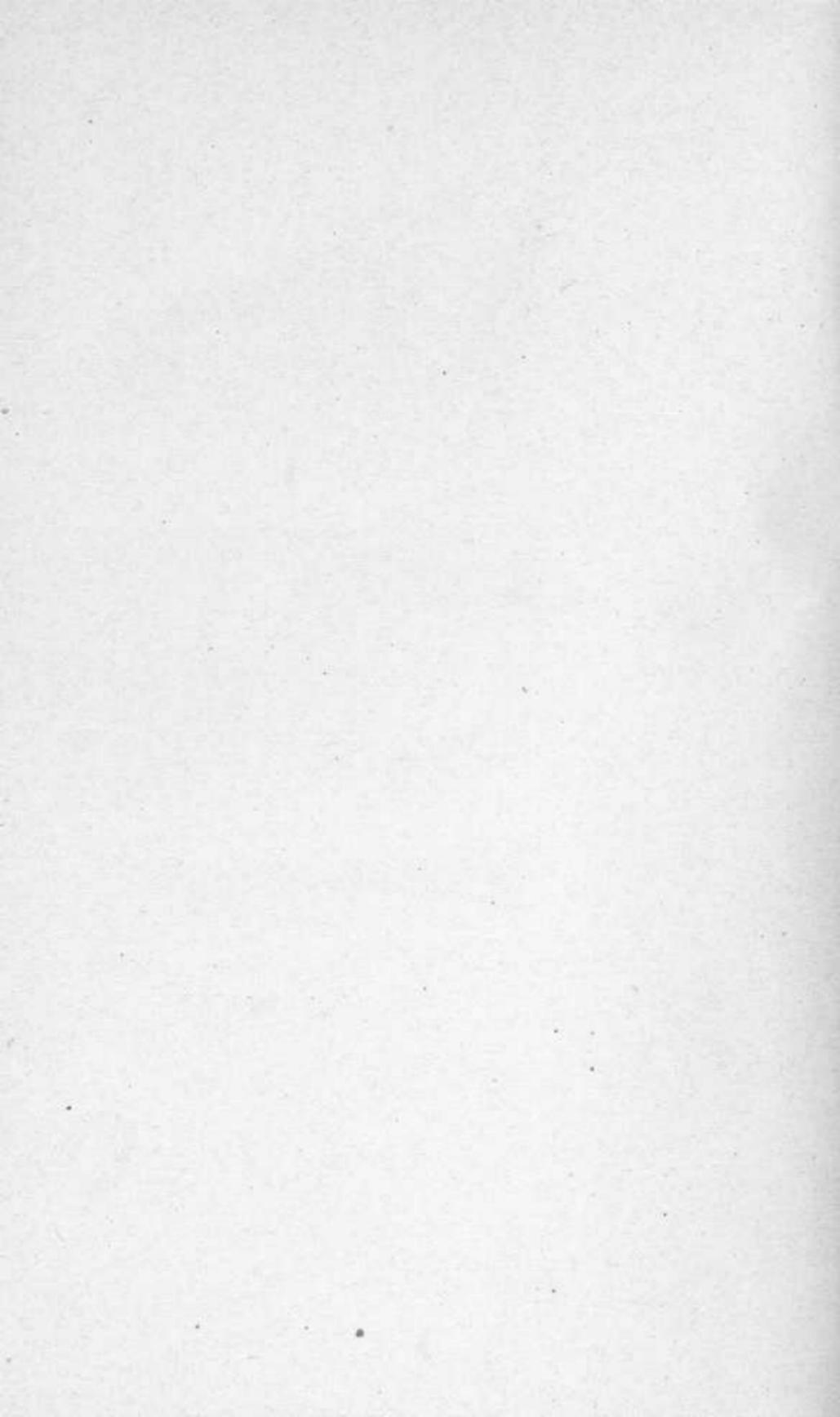
	Págs.
Cap. IV.—Trata de cuándo suspende Dios el alma en la oración con arrobamiento o éxtasis, rato, que todo es uno a mi parecer; y cómo es menester gran ánimo para recibir grandes mercedes de Su Majestad.....	308
Cap. V.—Prosigue en lo mismo y pone una manera de cuándo levanta Dios el alma con un vuelo del espíritu en diferente manera de lo que queda dicho; dice alguna causa, porque es menester ánimo; declara algo desta merced que hace el Señor por sabrosa manera; es harto provechoso.....	316
Cap. VI.—En que dice un efeto de la oración que está dicha en el capítulo pasado, y en qué se entenderá que es verdadera y no engaño. Trata de otra merced que hace el Señor al alma para emplearla en sus alabanzas.....	321
Cap. VII.—Trata de la manera que es la pena que sienten de sus pecados las almas a quien Dios hace las mercedes dichas; dice cuán gran yerro es no ejercitarse, por muy espirituales que sean, en traer presente la Humanidad de Nuestro Señor y Salvador Jesu Cristo y su sacratísima Pasión y vida, y a su gloriosa Madre y Santos; es de mucho provecho.....	328
Cap. VIII.—Trata de cómo se comunica Dios al alma por visión intelectual, y da algunos avisos; dice los efetos que hace cuando es verdadera, y encarga el secreto destas mercedes.....	337
Cap. IX.—Trata de cómo se comunica el Señor al alma por visión imaginaria, y avisa mucho se guarden desear ir por este camino; da para ello razones; es de mucho provecho.....	343
Cap. X.—Dice de otras mercedes que hace Dios al	

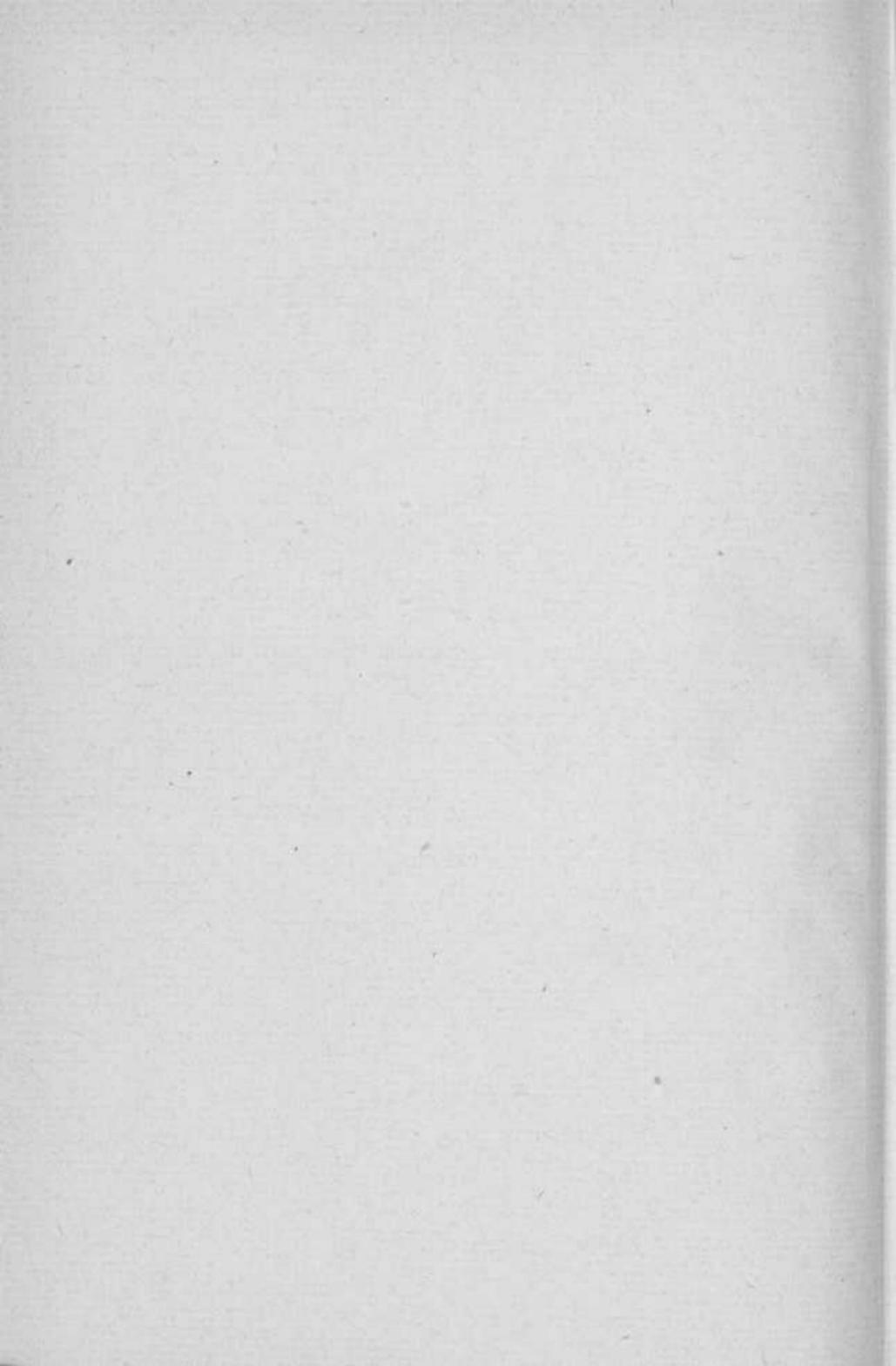
	<u>Págs.</u>
alma por diferente manera que las dichas, y del gran provecho que queda dellas.....	351
Cap. XI.—Trata de unos deseos tan grandes y impetuosos que da Dios al alma de gozarle, que ponen en peligro de perder la vida; y con el provecho que se queda desta merced que hace el Señor...	354

MORADAS SETIMAS

Cap. I.—Trata de mercedes grandes que hace Dios a as almas que han llegado a entrar en las sétimas Moradas; dice cómo a su parecer hay diferencia alguna del alma al espíritu, aunque es todo uno. Hay cosas de notar.....	361
Cap. II.—Procede en lo mesmo: dice la diferencia que hay de unión espiritual a matrimonio espiritual. Decláralo por delicadas comparaciones.....	367
Cap. III.—Trata de los grandes efectos que causa esta oración dicha: es menester prestar atención y acuerdo de los que hace, que es cosa admirable la diferencia que hay de los pasados.....	373
Cap. IV.—Con que acaba dando a entender lo que le parece que pretende Nuestro Señor en hacer tan grandes mercedes al alma, y como es necesario que anden juntas Marta y María: es muy provechoso...	9







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN II

Obras de Santa Teresa de Jesús

Número.....	3345	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	96	Precio de adquisición. »
Tabla.....	h	Valoración actual.....	»

3

Santa
ca



Callaghan & Co.

3345.

OBRAS

de

Santa Teresa

de Jesús

2